



LA PRIMERA PULSERA.—Por Von Bergen.

gente, despertaban el interés de quien pudiera remediarlo, quizás porque siendo tantos y tan graves los compromisos de Farnesio, veíase en el triste caso de atender con preferencia á los que más de cerca le atañían. Es más; por temor de que se alterase la infantería española en las provincias del Mediodía, se mandó á Frisia un tercio, dándole una tercera parte de su paga para el viaje, «que fué, dice un autor, cuanto cobró en los nueve ó diez meses que pasó en el Norte.» Hubo con este motivo intentos de sedición; pero aunque reprimidos, no tardó en estallar el motín, porque como en Frisia estaban reunidos los regimientos de varias naciones, y como eran mayores el desorden administrativo y los atrasos, el hambre y la desnudez, la disciplina dejaba mucho que desear, y aquellos mismos soldados que tan heroicos ejemplos dieran en los campos de batalla, enervados y poco obedientes, abandonábanse á todo género de excesos, desertaban y se insubordinaban con frecuencia. Por lo mismo, inútilmente trataron de destruir los gérmenes del motín Verdugo y sus capitanes. Tras la rendición de Coevorden, se indisciplinó una parte de las tropas mercenarias, y dos regimientos alemanes tomaron la vuelta del Brabante sin licencia de sus oficiales; siguiéronles los italianos, y caída poco tiempo después en poder de los holandeses la plaza de Groninga, fué ya tan general la inobediencia, que los alemanes, los valones y una parte de los españoles, tocando cajas, se pusieron en camino, entrando también en aquella provincia, en la que con muy poco acierto fueron alojados en Arschot y en Sichein.

El propósito del archiduque Alberto, que ya por este tiempo gobernaba los Estados, fué entretener á los amotinados, fiado en que por la escasa cifra que sumaban, eran poco de temer; mas cuando, á los breves días, salieron los de Arschot para Sichein, batiendo el parche y gritando: ¡*Viva Dios y el Rey!* y sobre todo, cuando fortificados en esta plaza, comenzaron á juntárseles gentes de otros regimientos auxiliares, hasta alcanzar el número de 1.500 infantes y 800 caballos, pudo comprenderse la grave falta cometida. Lo más triste fué que esta vez tomaron parte en el motín alféreces y tenientes reformados y las compañías distinguidas del Duque de Parma. Toda esta gente, de procedencia muy diversa, pues afirma un autor que allí se hablaban *once idiomas*, eligió, como de costumbre, su *Electo*; dióse á sí propia el título de *República de Sichein*; despachó con este título cartas patentes á las ciudades y lugares del país; puso á contribución, no sólo el territorio que ciñe el Mosa, sino parte de las provincias valonas; y llegó en su atrevimiento al extremo de cobrar impuestos á las mismas puertas de Bruselas, frente á las cuales cruzaba la caballería amotinada; insolencia que indujo al Archiduque á efectuar los pagos de Port y de Saint-Paul, pues se hallaba decidido ya á castigar con severidad á los revoltosos. Y, á decir verdad, urgía esto, porque también en Francia se amotinaba la guarnición de La Chapelle, recibiendo en la plaza tantos camaradas, que á la postre hubo de cerrar las puertas á los revoltosos.

Pero cuando se apercibía el Archiduque á remediar tales demasías, supo que los de Sichein habían pedido á Mauricio de Nassau salvoconducto, para en caso de peligro arimarse á Breda ó á otras plazas rebeldes: «nuevo género de infamia, dice un testigo, no practicado hasta entonces», porque tal medida sólo sirvió para exasperar los ánimos en el Con-

sejo Real. En consecuencia, mandóse contra Sichein á don Luis de Velasco con dos tercios españoles, dos regimientos extranjeros y alguna caballería, con objeto de que bloqueara los cuarteles de los amotinados, y con orden de que, caso de no lograr reducirlos por hambre, los atacara y degollara. Poco importaba al Archiduque que se pasaran al enemigo, pues se les debía un millón de escudos, cantidad que, aun satisfecha, no evitaría nuevos desacatos, mientras que Mauricio, cuyos soldados eran en su mayoría patriotas, ni quería servirse de gente tan desmoralizada, ni, aunque quisiera, podría pagarla. Y así ocurrió en efecto. Velasco atacó con gran bizarría las fortificaciones avanzadas de los rebeldes; mediaron combates verdaderamente encarnizados, y no sin graves pérdidas obligóseles á retirarse á la villa de Siquem y luego á país enemigo; pero Mauricio no les hizo proposición alguna, ni aun admitió la que le hicieron de que los tomara á sueldo (1), aunque si les permitió, cosa que parece más rara, entrar en tratos con el Archiduque, desde los cuarteles de Langstrat y pasar luego á Tillemont, donde convinieron en permanecer recogidos y seguros hasta tanto que les dieran sus alcances. Retardóse esto hasta que terminó la feliz campaña de 1596 en Flandes y Francia, y se hizo el pagamento dando facultad á los soldados para irse á servir debajo de las banderas ó estandartes que quisieran. La alteración había durado veintisiete meses, si se descuenta el tiempo en que comenzó á germinar, pues el tercio de Spinola salió ya amotinado de Frisia. Las cantidades atrasadas eran crecidísimas, y á ellas había que agregar los 500 ducados diarios que cobraron los rebeldes por espacio próximamente de dos años sin prestar servicio alguno, más las contribuciones que sacaron del Brabante, cuyo producto era superior á lo que alcanzaban los remates ó alcances. Y para que todo en esta rebeldía pasara los límites de lo escandaloso, llegóse al extremo de exigir que se habían de dar seis pagas á aquellos á quienes nada se debiere, «práctica inicua aun en las *jurisprudencia del motín.*» Pero tan hondo y grave era ya el mal, que se hacía por extremo difícil aplicar el remedio. El historiador Herrera llega hasta el punto de explicar las reglas del motín, y dice que «las condiciones que á los amotinados suelen otorgarse son: el perdón general, la paga de lo que se les debe y muestra general para pasar cada uno á la compañía que quisiere.» Y esto fué lo que se hizo con los sediciosos de Sichein y también con los de la Chapelle, que permanecieron rebeldes poco tiempo menos que aquéllos, con grave perjuicio para los intereses de España (2). Con todo, si se remedió este mal, no pudo restaurarse ya nuestra dominación en Frisia, convertida desde entonces en ciudadela de los Estados y en magnífica base de operaciones de los holandeses. Reparáronse además éstos, agravóse la situación de las provincias sometidas, y el exhausto Tesoro español vióse oprimido con carga muy superior á su flaqueza. La aparición del célebre decreto de 1596, en que Felipe II zanjaba las cuentas pendientes con los comerciantes y banqueros de Flandes, dándoles á cambio de lo que les adeudaba

(1) Así lo afirman Carnero en sus *Guerras civiles de Flandes*, Herrera en la *Historia del Mundo* y otros historiadores; pero lo niega Coloma en su *Guerra de los Estados Bajos*.

(2) El Sr. D. Alejandro Llorente, en las eruditas notas puestas á los *Comentarios del capitán Villalobos*, da muy curiosas noticias relativas á este motín.

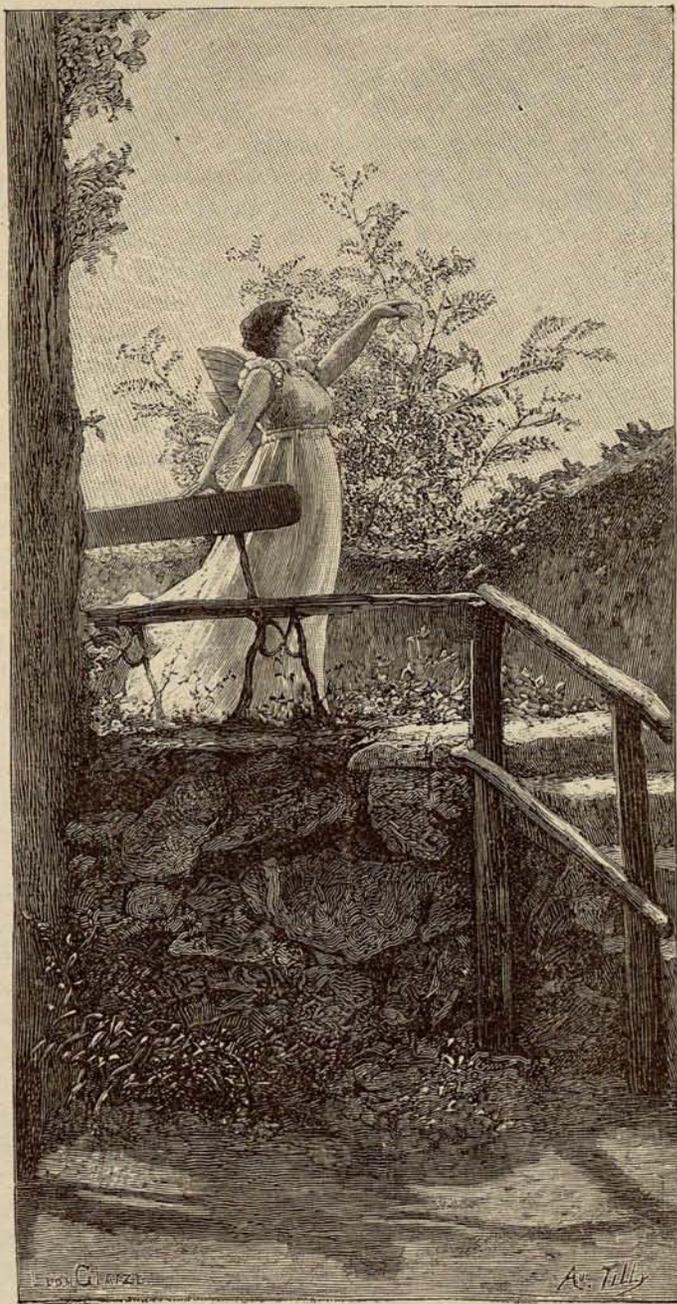
rentas y situaciones que en manera alguna compensaban los enormes intereses señalados sobre lo prestado, ejerció una funestísima influencia en las operaciones militares de 1597, últimas de las del reinado de Felipe II, y, por consiguiente, en la paz de Verbins. Hay que leer las cartas del archiduque Alberto á Felipe II, para tener idea de la situación de los Estados y del ejército. La disciplina, según un coetáneo, estaba tan estragada que no había freno ni regla que se respetara; el ejército invadido por multitud de capitanes, alféreces y oficiales, cargados de mujeres, niños, criados y bagajes; la administración desconcertada y venal, al extremo de advertirse enorme diferencia entre la gente que arrojaban las relaciones y los efectivos, y las provincias obedientes, según frases del archiduque Alberto, «tan arruinadas y tan trabajadas y cansadas que no se sabe dónde haya sustancia para poder alojar y entretener la gente.»

En grave compromiso se vió el mismo Archiduque para cumplir el artículo del Tratado de Verbins, concerniente á la restitución de plazas al francés; porque las guarniciones de Calais, Ardres, Donllens, Catelet y Blanes, se habían amotinado, y la sedición amenazaba propagarse á muchas plazas, si, más afortunados ó más fuertes, algunos Gobernadores no hubiesen reprimido á los sediciosos, castigando ejemplarmente á las cabezas de motín—«tal fué, dice gravemente un testigo, la corruptela de aquella milicia ó la desesperación en que la puso el faltarle tanto tiempo sus pagas.»—Pero lo más triste del caso era verse el Archiduque en la obligación de buscar el dinero dentro del término fijado para el cumplimiento del convenio; apuro grandísimo del que logró salir valiéndose de las provisiones acopiadas para sustento del ejército en muchos meses. ¡Á tan dolorosos extremos se había llegado! Pagóse á los de Francia con harto trabajo; pero no por eso disminuyó la peste de los motines, que, extendida ya por los Países Bajos, dió lugar á otras intentonas en la Esclusa y en el castillo de Sas, y á la sedición de

las guarniciones de Vent, Güeldres, Wachtendonck, Estral y Dunquerque, siendo lo más lamentable que la de esta plaza se compusiera exclusivamente de soldados españoles, y entre éstos no pocos de los que en el mismo año habían cobrado los remates de otros motines. Y es que el mal tenía ya raíces muy hondas. Perdida la vergüenza y la fidelidad, cuando era atajado en un presidio, retoñaba en otro con más

fuerza, para poner así de manifiesto la profunda relajación de la disciplina. Las apremiantes instancias del Archiduque á Felipe II, temeroso de que la sedición se generalizara en los Países Bajos, no pudieron evitar que á las rebeldías de Liera, Gante y otras ciudades menos importantes, se añadiera la de Amberes, corona, por decirlo así, de los motines que estallaron en este reinado, y no el menos grave de todos. Setecientos infantes españoles y dos compañías de caballos que guarnecían la ciudadela prepararon este motín, que tomó gran vuelo al acudir á la opulenta villa otros soldados con grandes atrasos: unos y otros no se contentaban ya con crecidas sumas, sino que pedían también lo que en Italia y en otros países habían dejado de percibir. Y como ni el Archiduque, que por aquellos días disponía su viaje á España, ni el que interinamente le reemplazó en el gobierno pudieran reunir dinero, por carecer de crédito y ascender la suma á 300.000 escudos, el motín se prolongó cuatro meses. Inútil decir que lo que se retardó el pago, hubo de sufrirlo la ciudad, en la que, si hemos de dar crédito á historiadores extranjeros, y aun á ciertas frases de Carnero, cometieron los amotinados excesos y violencias. Pero justo es añadir que en esta ocasión el castigo no se

hizo esperar. «Hízose el pago, dice Carnero, á los diez de Enero, y el mismo día salió toda aquella gente, con la acostumbrada elección de escoger los tercios y compañías donde quisiesen servir entre los que estaban en campaña. Algunos, y en particular los que se hallaban á caballo, tomaron la vía de España por Francia, hasta que se atajó el



LA SEÑAL.—Por L. Glaize.

paso poniendo buenas guardias, y ahorcando algunos el Preboste general. Muchos, fingiendo ir al campo, pasaban el Mosa por Maestrique, y torcían por el país de Juliers con intento de dar consigo en Italia; mas como hallaban á los alemanes exasperados contra su nación, pagaban los pecados ajenos, aunque no libres de otros no menos dignos de semejante azote del cielo; sirviéndoles, por último, de ocasionar su muerte el mismo dinero con que pensaban regalar su vida; tan mal se logra lo mal adquirido.

Acudían á la fama de su riqueza todos aquellos villanos sedientos de sangre española, y pocos volvían sin presa. Llegaron con todo eso al campo entre infantes y caballos cosa de cuatrocientos; unos escarmentados, otros vencidos de las lágrimas de sus mujeres é hijos y del cariño de aquellos Estados, á quienes tenían amor como á su propia patria» (1). Así terminó este escandalosísimo motín. Felipe II había muerto sin verlo dominado: sin duda alguna fué otro de los cuidados que le asaltaron en sus últimos días, pues los terribles fantasmas de la bancarrota y de la indisciplina puede decirse que le acompañaron á los abismos de la tumba.

Ya poco más se prolongaron los motines, porque el de Rhinberg, en 1606, cierra, por decirlo así, la serie; pero los que comprende el corto período de 1598 á 1607 pusieron de manifiesto que el escarmiento hecho con los de Amberes produjo muy escaso efecto. En el año 99 amotináronse parte de las tropas que mandaba el Almirante de Aragón en las fronteras de Holanda, y comenzaron á correr el país, sembrando en todo él el más terrible pánico, y causando daños irreparables. Dueños de Hamont, y en número de 500 infantes y 80 de á caballo, nombraron su Electo y oficiales, acogieron á otros muchos desertores y se mantuvieron por espacio de meses á costa del país; otro tanto hicieron los que guarnecían la isla de Bommel, recobrada á costa de mucha sangre; mas como Mauricio de Nassau, aprovechando aquellas rebeliones, atacara á unos y á otros, entregáronse las fortalezas de Crevecoeur y San Andrés, esta última por cincuenta mil escudos que el enemigo dió á los defensores, quienes á tan grande vergüenza añadieron el quedarse al servicio de los holandeses. Debido á esto, se frustró la heroica empresa de Bommel, y quedaron destruidos los planes que el Archiduque abrigaba para el invierno de 1599.

Con todo, el escarmiento de los amotinados fué terrible, y tanto es así, que hasta el año 1606 no estalló otro motín, que ya debía ser postrero de la serie. Fraguóse éste en los cuarteles del ejército junto á Rhinberg, y los sediciosos retiráronse á Therirden, cerca de Breda, donde se hicieron fuertes. La causa del motín fué, como siempre, el adeudo de pagas. Eran en su mayoría aquéllos italianos, y su número, que en un principio alcanzaba á 500, llegó á 1.000 caballos

y 1.200 infantes al concluirse las operaciones. El Archiduque se valió del maestro de campo Lucio Dentici para entrar en composición con los amotinados, y este oficial los condujo á Diest, quedando él en rehenes. Excusado es decir que Mauricio de Nassau fomentó cuanto pudo la rebeldía, conoedor, como se hallaba, de las tentativas que se hacían en Flandes y en Holanda para conseguir una tregua. No tardaron, por desgracia, á unirse á los de Diest otros sediciosos valones y alemanes que en número de 400 acudieron á Frisia, y pasando el Rhin y el Mosa, entraron en Therirden, lugar que antes ocuparon los de Diest. Tanta osadía obligó al Archiduque á desplegar grandísimo rigor. Dió un bando en que los declaraba traidores y ponía á talla sus cabezas, y despachó contra ellos al gobernador de Bois-le-Duc, que tomó por asalto á Therirden, y degolló y ahorcó á más de 150. Sin embargo, los de Diest se mantenían en armas, y aunque habían llegado con Alberto á un acuerdo, según el que recibirían el caballo 39 placas y 16 el infante, lo que montaba cada mes 30.000 escudos; á causa de ligeros detalles resistían aún, corrían por el país vejando á sus moradores y amenazaban abrir las puertas de la villa á los de otras guarniciones.

Con grandes dificultades reunieron el archiduque Alberto y Spínola 400.000 escudos para proceder al pago, que se efectuó el 16 de Octubre de 1607, y realizado éste, se les repartió por distintas compañías, con lo que concluyó este achaque, *carne y sangre ya entre los más viles*, según un coetano «Ahora á cada paso se cometía y ejecutaba, añadía éste, haciéndose pagar hasta lo que no se les debía, negando los mismos socorros que en el interin se les daban, alterando el precio de las vituallas y vestidos con fraude manifiesto de la Hacienda Real, resucitando muertos en las nóminas que habían servido mucho antes del motín causado, introduciendo viudas y herederos nunca habidos, llamando los soldados que se habian retirado á Italia muchos años antes, y otras maldades nunca vistas.» El Archiduque procuró esta vez cortar el mal de raíz, y el 4 de Diciembre publicó un bando en el que ordenaba licenciar y despedir del servicio á todos los amotinados, previniéndoles que en el término de veinticuatro horas saliesen de los Estados Bajos, sin jamás volver á ellos, ni aun poner el pie en los del monarca español, bajo pena de la vida; y además mandaba á todos sus vasallos y soldados que pudieran matar y desvalijar á los desobedientes, prometiendo veinte escudos por cada uno que muerto ó vivo entregaran á la justicia. «Este fué, dice el autor antes citado, un rayo del cielo que cayó sobre los amotinados, y más cuando les limitaron tan estrechamente el tiempo, en que con dificultad podían salir en plazo tan corto del país.» Procuráronse, pues, ponerse en salvo en las tierras más cercanas, aunque muchos fueron víctimas del furor de los pueblos y algunos rotos por las guarniciones. A los de Frisia les destrozó el Gobernador de Bois-le-Duc; los que se hallaban en las cercanías de Breda ganaron la isla de los Bátavos; los de Holanda fueron á las inmediaciones del fuerte Schenck, donde en número de 600 se acuartelaron y mantuvieron hasta que se firmó la tregua de los Doce Años (1609). Entonces los mismos holandeses les mandaron salir del país, deshaciéndose de aquella turba de sediciosos.

Tal fué el término de los célebres motines de Flandes. Por la descripción que de los mismos hemos hecho, se viene

(1) Carnero, *Guerras civiles de Flandes*.

Don Carlos de Coloma en sus *Guerras de los Estados Bajos* se expresa así: «Fué esto causa de que algunos de ellos, privados de todo refugio, con el último ejemplo de miseria y desventura, se pasasen al enemigo; muchos en grandes tropas tomaron el camino de Alemania y pasaron á salvamento; otros quedaron muertos ó desvalijados por los villanos, y los menos, pues no llegaban á sesenta, que, resolviéndose á someterse á las leyes del edicto, se entreuvieron en sus banderas, pasaron al fin, con disimulación, sin ser castigados ni procesados por ello.» Lo mismo se hizo con los amotinados de Gante y Liera.

en conocimiento de que en estos motines llegaron á establecerse una especie de reglas, ó, como entonces se decía, *jurisprudencia del motin*, y de que originados en la falta de pagamentos, dieron luego ocasión, á medida que la disciplina se relajaba, á que la codicia y el espíritu de rebeldía tomaran grandes vuelos. Sin duda que la principal causa estaba en el abandono en que se tenía aquel sufrido ejército; pero no contribuyeron menos á ellos los abusos administrativos hijos de la inmoralidad, que la desacertada política del Monarca, enfrascado en distintas empresas á que no podía consagrar por igual cuidados y recursos. Ello es que por virtud de aquel abandono marchitáronse los lauros de Mook en 1573; cayó el país entero en manos de los rebeldes en 1576, cuando el motin general de Alost; malográronse las últimas expediciones de Farnesio; perdióse gran parte del territorio frisico, y no pudo el Archiduque Alberto realizar los planes militares que abrigaba para el invierno de 1599. Lo motines fueron, pues, una de las causas que precipitaron la pérdida de los Estados de Flandes y Holanda, no la principal, porque ésta radicaba en la flaqueza de nuestro poder, poder insostenible por lo extremado y débil, por lo mismo que no existían fuerzas para sustentarlo. Pero importa consignar que el alcance de los tristes efectos de la disciplina no se ocultó á los individuos del mismo Consejo de la Guerra de Felipe II, cuando en consulta elevada al Rey con motivo de los desórdenes producidos por la llegada á España de algunos tercios destinados á Portugal (1589), manifestábanle con gran entereza *que para no mantener tropas, valia más no tenerlas*. Ni podía ocultarse al mismo Monarca que en la larga correspondencia mantenida con Requesens, Farnesio y el archiduque Alberto, leyó siempre, expresadas con frases sentidas, iguales quejas; mas siéndole imposible procurar el remedio sin la renuncia de sus pretensiones, y estimando sus empeños como caso de conciencia, la guerra y las bancarrotas fueron agotando la sangre, los recursos y el crédito; y á la vuelta de cuarenta años de luchar, la paz de Verbins puso las cosas, por decirlo así, en el mismo estado en que las dejó el tratado de Cateau-Cambresis.

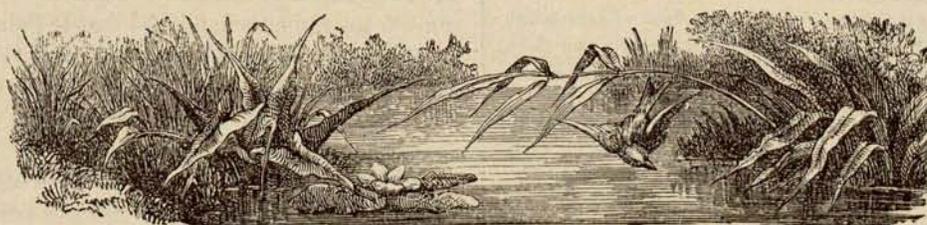
Con haber hecho los caudillos de D. Felipe subhumanos esfuerzos, y con haber realizado los soldados españoles actos de admirable generosidad, tampoco era posible que la disciplina se mantuviera dentro de sus justos límites, desde el punto y hora en que para el ejército las necesidades eran enemigo más cruel que los rebeldes flamencos y holandeses. Y aun así, en más de una ocasión dieron aquellos infantes testimonio del gran amor que profesaban á su bandera. Basta recordar la escena á que dió lugar el castigo impuesto al *Tercio viejo*, cuya disolución es sin duda uno de los cuadros más conmovedores que ofreció nuestra soberbia infantería. Propúsose Alejandro disolver este tercio á causa de

un conato de sedición realizado en la isla de Bommel el 30 de Agosto de 1587, y para ello dispuso que pasara á Tiele, para juntarlo allí con otros tercios y regimientos y hacer un escarmiento provechoso. Reunidas todas estas fuerzas, hizo el veedor Juan Bautista Tassis solemne entrega del documento de disolución al maestre de campo Leyva y á cada uno de los capitanes, viendo por él estos veteranos cuál era su destino y su castigo. Largo espacio de tiempo permanecieron mustios y callados, hasta que por fin adelantóse Leyva y dijo á Tassis «que estaba pronto á obedecer y á que obedecieran sus soldados»; llamó luego al alférez, y díjole con sentido acento: *Ea, batid la landera y plegadla, pues ya de agora nunca irá delante del Tercio viejo*. Esta fué la oración fúnebre de aquel valiente cuerpo. «bedeció el alférez, dice Estrada; quitó del asta el tafetán é hizo piezas el asta. Siguiéron los otros alféreces el ejemplo, mas no todos con igual prontitud. Algunos no pudieron detener las lágrimas á fuerza del deshonor; y los que tantas veces habían tolerado sus heridas con los ojos secos, como ajenas, agora traspasados con más penetrante dardo, entre suspiros y gemidos, se rendían oprimidos del dolor. Aun hizo en otros más sensibles efectos, porque mandándoles dejar las banderas, las despedazaron con sus manos, deshicieron en menudos trozos las astas, como desobligados ya á venerar al Príncipe con ellas; y no sufriendo por eso que de tan gloriosos instrumentos de victoria quedose la menor parte de ignominia. Eran de ver algunas compañías á un mismo tiempo, cuyos alféreces, batidos y arrastrados por el suelo los velos de sus banderas, y los capitanes arrojados á la tierra ó quebradas sus jinetas; los sargentos vueltas al suelo la punta de sus alabardas; los atambores y pifanos, con lúgubre sonido, todos con pompa fúnebre lloraban al tercio como difunto que se llevaba al sepulcro (1).»

Esta escena pinta con entera fidelidad el temple de alma de aquellos soldados, la cohesión existente entre los individuos de aquella familia militar. Si las necesidades y la mala fortuna desvirtuaron un tanto su carácter; si el abandono y la venalidad contribuyeron á socavar su crédito, no es menos cierto que fué un verdadero prodigio de constancia y de valor el sostenimiento de guerras tan largas, accidentadas y penosas como las de los Países Bajos. La verdad es que soldados como aquéllos sólo vuelven á encontrarse en nuestras gloriosas y poco conocidas guerras de América. Cuando el palenque de los Países se cierre; cuando ya no es posible poner *una pica en Flandes*, con seguridad puede afirmarse que ha terminado el período clásico de nuestra historia militar.

FRANCISCO BARADO.

(1) *Décadas de las guerras de Flandes*, Déc. segunda, lib. x.



Á VER MUNDO.



Gracias á que su tío, el sacristán, sin duda por quitarse de encima aquel zángano de diez y ocho años, sin oficio ni beneficio, ni el menor deseo de emprender trabajo ni carrera, que son molestias para el individuo libre, le ayudó en su aventura.

—Toma—le dijo el tío—ahí tienes diez pesetas para el tren y para que te establezcas en Madrid como puedas.

—Que no sé cómo será, porque, por barato que se haya puesto todo, con las pesetas que han de quedarme no sé si podré establecerme de pelotari de esos, que, por hoy, es mi sueño, completamente.

Ello fué que Jesús, vestido de «riguroso guñapo», que dijo el poeta, con sus calzones de perniles un tanto más modestos que los que llegan al tobillo, su chaleco de paño cuasi con melenas, y una cazadora que fué también peluda, todo negro, de etiqueta, y todo de desecho cariñoso y eclesiástico de su tío, se despidió sin lágrimas, por no tener pañuelo con qué enjugarlas, y emprendió el camino, ni más ni menos que Hernán Cortés el de la capital mejicana.

Poco más de una legua distaba el lugar de la estación del ferrocarril, y no tardó mucho en andarla Jesús.

—Que Dios te bendiga—le dijo el sacristán—y si El quiere que mejores de fortuna, acuérdate del pobrecito tío que dejas en este rincón y que desde hace dos ó tres meses te ha servido de padre y de madre.

Y el muchacho, calándose el hongo con válvulas naturales, y también negro, con que medio cumplía con el mundo, haciendo que se tapaba la cabeza, iba pensando:

—Ya sé, tío, que, en caso de prosperidad, debo á usted dos meses de ayunos y abstinencias, y este terno y estos borceguies que, de segundas manos ó de segundos pies, han venido á los míos, y donde los llevo tan desahogados que temo dejarne alguno con borceguí y todo en el camino, sin enterarme de la pérdida.

Respecto á equipaje nada tenía que pensar el mozo, con lo cual aliviaba á la empresa del ferrocarril y se libraba de la enojosa tarea de facturar baúles.

—Lo mismo se llega con equipaje que sin él, como decía un licenciado de la clase de tropa, que esperaba la llegada del tren.

—Se dan casos—replicó un caballero con manta;—que también salen algunos de su casa con equipaje y llegan al punto á donde se encaminan sin más que lo puesto.

—Antes ciegos que tal veas—replicó otro sujeto que iba cargado con bultos y una maleta.

Del lugar de Jesús nadie venía á Madrid.

El chico sólo veraneaba en Enero.

El padre de Jesús había emigrado á América en busca de una fortuna que en su patria no lograba conquistar.

Pero fué de los indianos de ida que nunca vuelven.

Una víctima más de ese espejismo que hace ver á tantos millares de europeos horizontes de oro y piedras preciosas al otro lado del mar.

Jesús volvió la vista dos ó tres veces antes de salvar el repecho del camino, como para despedirse del lugar en que había nacido, ó para despedirse de su madre.

Pocos pasos después ya no veía el pueblo, porque el camino seguía hasta la estación en pendiente muy pronunciada.

—Allí, donde parece indicar el brazo izquierdo de la cruz inclinada de la iglesia, está mi madre..... ¡Pobre madre! ¡Y ya no nos veremos nunca! Si ella viviera, no me hubiese dejado salir del pueblo..... Ni yo la habría dejado sola.

Esta vez sí asomaron dos lágrimas en los ojos pequeños, pero vivos, de Jesús, aunque no contaba con pañuelo para enjugarlas.

—¡Adiós, madre mía!—voceó el muchacho, como si esperase respuesta.

Y en seguida continuó su camino con resolución.

Parecía que había pensado:

—Ahora, corte de cuentas con el pasado, con el sentimiento filial, con el corazón: á ver mundo, y válgame la industria, que buenos sentimientos no han de valerme. ¿Quién soy yo? «Un naufrago en una isla sin agua», como decía el señor cura en un sermón. ¿Á quién le importa mi vida? Á mí. Pues yo soy el único encargado de conservarla.

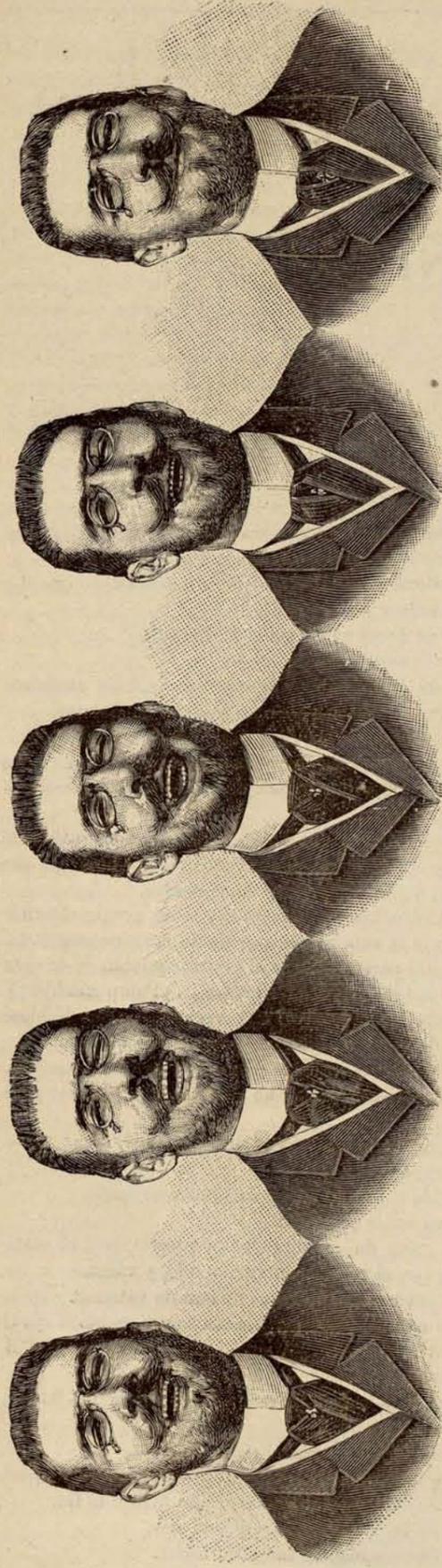
Jesús llegó á la estación, compró su billete de tercera para Madrid, y aguardó.

Cuatro pesetas y unos céntimos.

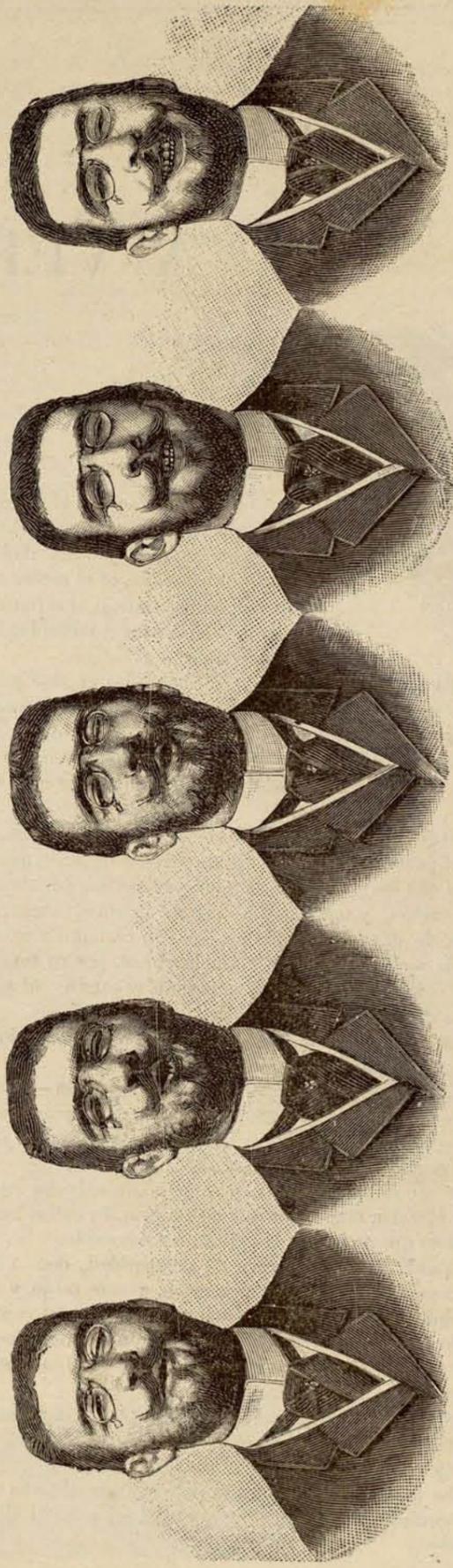
Es decir, que le quedaban seis pesetas mal contadas para entrar en la capital y establecerse, como le dijo el tío.

Merienda no le habían puesto, por olvido.

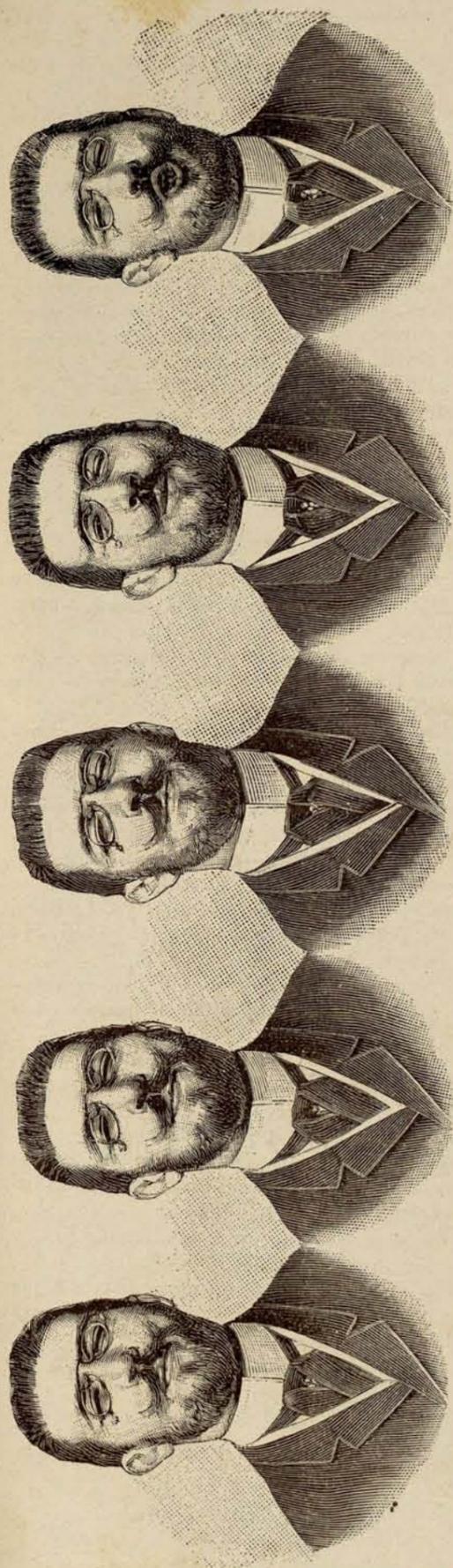
Cartas de recomendación tampoco traía.



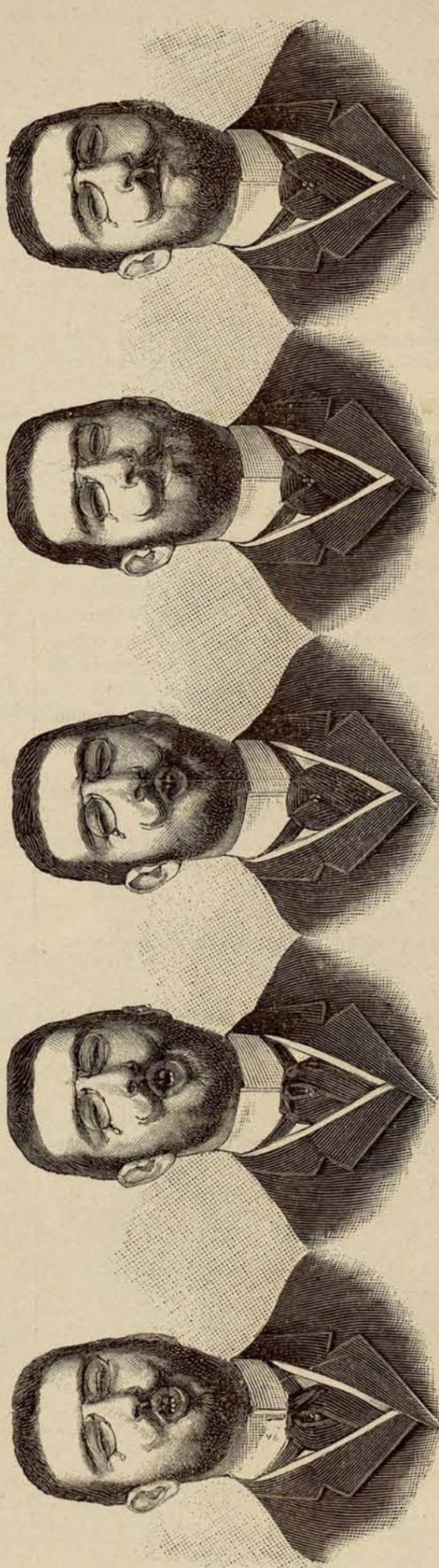
JE



V



AI



ME

FOTOGRAFIA DE LA PALABRA.
MOVIMIENTOS DE LA BOCA PARA PRONUNCIAR LA FRASE «JE VOUS AIME».

¿A quién y para qué habían de recomendarle?

En el coche de tercera donde subió Jesús venían algunos campesinos y cuatro licenciados del arma de Infantería, siete mujeres de aparejo redondo, unas jóvenes y otras «incunables», y un maestro de escuela.

Jesús no era corto de genio ni torpe; que en su pueblo era casi temido por sus travesuras.

Así fué que no tardó en armar conversación con el maestro.

—¿Y tú á qué vas á Madrid?—preguntó el profesor de instrucción primaria á Jesús.

—Á ver mundo—respondió el mancebo.—¿Y usted, padre?

—Yo no soy padre, ni permita Dios que lo sea, sino maestro de escuela.

—De almas decía yo—rectificó el muchacho—que no de criaturas; por lo demás, si ya no lo es usted, pienso que no tiene que temer, porque ya habrá usted pasado de esa lección.

—También voy yo á Madrid, no á ver mundo, sino á ver al ministro ó al presidente, ó á cualquiera, para ver si me paga cualquiera lo que me deben.

Charlando y charlando pasaron el tiempo, y empezaban á sentir así como impertinentes deseos de algún alimento, cuando uno de los lugareños que iban en el mismo compartimiento tiró de alforja y sacó un manajo, una cuerda de chorizos en la cual irían hasta doce prisioneros.

Verlos Jesús y sentirse prendado de ellos, fué todo uno.

—¡Qué hermosos! ¿eh, maestro?—le preguntó, indicándole aquella artística producción extraña.

—Sí, son buenos—afirmó el propietario ó padre ó tutor de los chorizos.

—¡Y van sudando!—añadió Jesús, propasándose á tropezar en uno de ellos con un dedo.—¡Parece que están vivos! Míre usted, mire usted, padre.....

—¡Dale con la paternidad!

—Chorizos milagrosos, que sudan solos como personas.

—¿Quieren ustedes probarlos?

—Gracias—respondió el maestro.

—Hombre, yo, por curiosidad, y porque no he comido de éstos en mi vida.....

—Son extremeños. Traigo unos cuantos ahí en mercancías, para venderlos en Madrid, y me dejé éstos en las alforjas para el camino. ¿Qué mejor comida ni más barata?

—Sí, ya se ve en los cordeles sueltos que hubo más ahorrados en el pelotón.

El lugareño cortó en dos partes iguales un chorizo y dió una mitad al maestro y otra al discípulo, quienes las recibieron con suma cortesía.

—Tendrá mucho picante, ¿eh?—preguntó Jesús antes de resolverse á probar el embutido.

—Regular—respondió el extremeño.

—Yo lo digo por el pater.

—¡Y dale!

—Porque anda delicado de garganta, y ese picor no se quita sino con migas de pan.

—Tomen ustedes, que pan traigo abundante—ofreció el hombre.

Cortó un buen pedazo para cada cual, y se los dió.

—Y vino tampoco falta, que este es mejor para las *pica-*

zones. —Siempre he oído decir que para viajar nadie como los extremeños. ¿Verdad, maestro?

—Así fué siempre—afirmó con vehemencia el profesor; y como si quisiera ganarse las simpatías del extremeño generoso, añadió á modo de discurso:—Y ahí están las figuras gigantes de Cortés, Pizarro, García de Paredes y tantos otros como ha desembuchado Extremadura sobre la haz de la tierra.

Jesús preguntó, sonriendo maliciosamente:

—¿Y los chorizos? ¿Quién los ha traído, padre, sino Dios, Extremadura y este buen hombre?

°°°

En estas y otras discusiones igualmente importantes y pintorescas, llegaron nuestros viajeros á la estación del Mediodía de Madrid

—Ahí le tienes—le decía el maestro al muchacho.—¡Madrid con tantas luces y tantas mentiras! Centro de todo, cuna de nadie....

Un caballero desconocido atajó al maestro en su peroración.

—Ellos son—había dicho otro desconocido.

—Tengan ustedes la bondad de venir con nosotros—dijo uno de los desconocidos que esperaban la llegada del tren.

—Yo soy un hombre honrado—gritaba el de los chorizos.

—Así es—afirmó el maestro.—Y yo otro.

—Es verdad—corroboró el muchacho.—Y yo el tercero.

—El tercero, ¿eh?—preguntó uno de los incógnitos.—Ya te daremos «el tercero».

Y, quieras ó no quieras, los tres fueron conducidos al gobierno civil, y de allí pasaron al juzgado de guardia y á la cárcel después.

—Esto sin recomendaciones, ni cartas, ni conocimientos, ni nada—repetía Jesús—que si me recomiendan, no vengo á la cárcel, sino que voy á presidio.

Afortunadamente la equivocación se subsanó.

Dos meses después salían sanos y salvos á la calle, sin que aquella detención pudiera servirles de mala nota «en su historia», ni de obstáculo para optar á todo.

Lo único que se perdió fué la carga de chorizos.

Jesús pensó en su tío el sacristán, y se dijo:

—Para cumplir con su mandato, ya no me falta más que establecerme definitivamente y por poco lo consigo, contra mi voluntad.

EDUARDO DE PALACIO.





LA NOCHE.—Cuadro por Hermann Kaulbach.

FIRME.



I.

En el espacio de tiempo que medió entre la primera y la segunda guerra civil, estudiaron en Segovia, y sirvieron en artillería, el Conde de Orenin, mi padre; el Sr. Rojas, casado con mi tía, la Duquesa de Finferren, y el hidalgo vizcaino Pedro de Urdinguio.

Fraternal amistad les unió, y casi en los mismos días murieron, «al pie del cañón», como suele decirse: el de Finferren en una salida de San Sebastián á Hernani; el de Urdinguio en el hospital de Castro, y mi padre ante las trincheras de Santa Juliana de Abanto.

Quedé solo con mi madre en Madrid; Finferren dejó una huérfana, que heredó su título y estados por vida, para volver á mi casa de mayorazgo cuando aquélla falleciese, y Urdinguio, casado con una pobre aldeana de Gordeya, dejó también una hija en la casería de este nombre. Á poco de desaparecer aquellos varones, surgió un pleito entre nuestra casa de Orenin y la de mi prima de Finferren, por no sé qué rentas de unas propiedades. Algunos letrados de la corte y de la aldea que olieron que había antipatía y dinero abundantes entre la Condesa vieja y la Duquesa joven, se pusieron de acuerdo para explotar la mina, emborronando inicua-mente, á cuenta de ellas, algunas resmas de papel sellado, de lo más caro.

La Condesa de Orenin, mi madre, nieta de inglés y oriunda de los Bolingbrokers, de los Roupelt Grant y de los Rethdowne, era, salvo el orgullo, una gran señora por sus virtudes. Mi prima, Lucila de Rojas, Duquesa de Finferren, era una joya, salvo también el orgullo. El pleito desencadenó las iras entre ambas, y creció de día en día el abismo que separaba á nuestras familias. Me acuerdo bien de aquellos tiempos de mi primera juventud. No consintió mi madre que á mí se me educara fuera de casa; y á su lado, con excelentes maestros, me hice bachiller. El padre escolapio Jimeno determinó mi vocación por las ciencias naturales, llenándome la casa de escogidas colecciones de ejemplares de los tres reinos. Estudié después en la Escuela de Minas, aunque sin

ánimo de practicar la ingeniería cuando recibiera el diploma. No fué tan afortunada mi madre en su enseñanza como el P. Jimeno. Ella se empeñó en que yo aprendiera al dedillo lo que un noble debe saber, además de la instrucción oficial esmerada, y me contó cien veces la historia de sus antepasados y la de los de mi padre, ilustrada con la reseña de todos los elementos heráldicos de ambas casas y de otras muchas de Castilla é Inglaterra, con todas las cuales estábamos emparentados. Doscientas mil veces me hizo repasar los nobiliarios de ellas, para que supiera distinguir á primera vista los roeles de oro de los Sarmientos y Salinas; los veros de los Velascos y Haros; las calderas y armiños de los Guzmanes y Nieblas; los lobos de los Ayalas; las panelas de los Guevaras y Oñates; las bandas rojas en campo verde de los Mendozas; las hojas de higuera de los Figueroas; las estrellas azules de los Rojas, y las rojas de los Fonseca; las fajas de verde sobre oro de los Riberas, Malpicas y Alcalás; las cadenas de los Zúñigas, Lacorzanas y Ledesmas, y, en fin, la traducción completa y detallada de todos los símbolos del arte heráldico nacional y extranjero. Insistía especialmente, en que no olvidara los veintisiete timbres y escudos de nuestra casa de Orenin, Mendijur, Urizar y Azúa, con sus tres medias lunas, y el lema *Firme*, fundada por uno de los primeros capitanes de la reconquista, que estuvo con su pariente y vecino D. Sancho de Guevara en la batalla en que murieron el bravo García Iñiguez de Navarra y su esposa, á la que, entre los dos, sacaron del vientre el Infante, que después fué Rey. Y respecto á su casa de Inglaterra, hizome aprender á dibujar los timbres de sus abuelos, Guillasvrose, con su lema: «*Vulneratus non victus*», y Grant de Rothiemurchus, que lleva éste: «*In god is all my trust*»; el de sus bisabuelos Rethdowne, que dice: «*Fortiter, fideliter, feliciter*», y Carvick, que ostenta éste: «*Be steadfast*».

La verdad es que semejante ilustración heráldica maternal me entretenía poco, entusiasmado como estaba yo con mis colecciones de ejemplares de la plebeya legión de seres, que pululan por la tierra, por el agua y por el aire. Alguna que otra vez entraba mi madre en mi gabinete y sala de estudio, y, con creciente curiosidad, iba leyendo al pie de los minerales, fósiles, plantas y animales, términos tan raros como: giobertita, alunogena, exantalosa, bardiglióna, haidingerita, diasporo, cimofana, romanzowita, oligoclasa, iridosmina, psaturosa, leadtrita, antimoniquel, helladotheriums,



RETRATO DE M.ª B. C.—Por Benjamín Constant.

libyterio maurusio, reinschia australis, sphenophylo cuneifolio, bowmanites cambierrsis, curculiónidos, coccinélidos, cineumónidos, camaleóntidos, fringílidos, tronquilidos, y otros no menos imposibles y bárbaros; y la buena señora, santiguándose repetidas veces, exclamaba con aire de profundo desprecio:

—¡Pobre juventud! ¡Qué cultura, ni qué sentimientos nobles y levantados han de brotar en una cabeza atiborrada con estas majaderías modernas! ¡Pobre hijo mío! ¡En qué espantoso laberinto materialista te han metido! ¡Qué será de ti!

Y muy á menudo, en nuestros paseos, cuando yo cogía plantas y flores para volver á casa hecho un herbolario, trataba de ridiculizar mis aficiones y me sermoneaba de largo,

y por toda contestación dábala yo un apretado abrazo, le explicaba la hermosura y detalles de cualquiera de las flores recogidas, y le decía:

—Ya sabe usted, madre, cuál es el mote de nuestro escudo de armas; el mote de la casa de Orenin: *Firme*.

—¡Sí, ya lo veo!—añadía ella con altivez;—*Firme* en tu afición; *terco* hasta la pared de enfrente, como tu padre y como todos tus abuelos.

Con harto dolor de su corazón, yo resultaba poco aristocrático en mi carrera; pero con gran complacencia suya, mi corazón era todo de mi madre, porque ella, con exagerada vigilancia en las relaciones de nuestra casa con las demás, nunca consintió que yo tuviera trato, ni amistoso siquiera, con ninguna muchacha de mi tiempo.

—¡Por ahí es por donde se envilecen y caen la mayor parte de los hombres!—decía á las pocas personas, con quienes tratábamos.—El separar á un joven de las asechanzas y peligros de eso que se llama amor, es asegurar su salud, su buen nombre y su fortuna. Vale más que pase estos años peligrosos enamorado de los colúbridos, esfingidos, pupiparos y demás *avechuchos* que ha reunido con el P. Jimeno.

Al estudiar el último año de mi carrera de minas, un alma caritativa, un nuevo abogado, á quien mi madre encargó de la gestión del pleito con la Duquesa de Finferren, visitó á ésta y logró, á fuerza de paciencia, que ambas casas transigieran. Á pesar del orgullo, la de Orenin y la de Finferren se dieron por muy satisfechas. Ésta envió á mi madre su retrato, dentro de una orla de brillantes. Según la fotografía, mi prima era una monada: unos ojos negros vipéridos, flotando en un soplo de espíritu puro. Aquella concordia nos sirvió de asunto de conversación

en mi casa durante muchos meses, sobre todo cuando se cruzaban las cartas entre las dos parientas. La vanidad, sin embargo, dejó por resolver un punto: «¿Quién visitaría á quién?» Mi madre no pensó jamás «en humillarse» visitando en sus estados á Lucila; y ésta pensó, seguramente, en no venir jamás á nuestra casa, si no honraba la de Orenin su palacio de Urdaneta. Resolví aquella cuestión fácilmente, diciendo á mi madre:

—No hay necesidad, para que ambas queden ustedes bien, ni de que usted vaya, ni de que ella venga. Yo iré este verano á Urdaneta de embajador y ministro plenipotenciario de la casa de Orenin.

Aprobado el plan, y habiendo terminado mi carrera á los veintitrés años, me dijo mi madre:

—Ya eres hombre, Gonzalo; preciso es busques una compañera. Ninguna más digna de tu nombre y de tus condiciones que tu prima Lucila. Al fin y al cabo, su título y fortuna han de volver á nuestra casa. ¿No es natural que tú mismo los traigas en un hijo de Orenin y de Finferren?

—No me parece mal—contesté, por contestar algo.

—Al mismo tiempo, pues, que visitas en mi nombre á tu prima, ve si puede ocupar un lugar en tu corazón. Tiene ella cuatro años más que tú; parece que no es fea, y de sus cualidades ya sabes que nos han dicho maravillas. Será una gran boda.

II.

Desde Marzo á fines de Mayo preparó mi madre los regalos, que yo había de llevar á mi prima. Ésta celebró en sus epístolas el anuncio de mi visita, y la bondad de mi madre, con interminables manifestaciones de satisfacción y de gratitud. Cuando llegué con mi secretario y dos criados al hermoso valle del Urola, me esperaba en Cestona el administrador general de la Duquesa, D. Juan Cruz de Moco-roa, hombre de toda la confianza de aquella familia desde hacía cuarenta años, y con él otros mayordomos de inferior categoría, y numerosos criados con cuatro carruajes. Hicieronme los cumplidos con toda ceremonia, y D. Juan Cruz, que accedió á sentarse á mi lado en el coche, me explicó, por el camino, dónde radicaban las fincas de la Duquesa, que se extendían á uno y otro lado del río, en los valles y en las laderas y en las cumbres de los montes. En muchos caseríos las gentes saludaron nuestro paso con cohetes y vivas. La posesión de Finferren se llama en el lenguaje del país Sarobe. Un hermoso bosque de seculares olmos, en el que se abren dilatadas alamedas, sirve de entrada á la finca. El camino principal, rodeado de setos de rosales y avellanos, y sombreado por grandes castaños, sigue el curso torcido y pintoresco de un riachuelo afluente del Urola, sobre el que pasa y vuelve á pasar por elegantes puentecillos. Más allá del bosque dilátase en el vallecito un parterre ornado con todos los caprichos de la flora del litoral, y en una meseta, orientada al Mediodía, se alza majestuoso, restaurado y coquetón, el amplio palacio de Sarobe, cuyo zócalo parecen formar las terrazas, que limitan corridas balaustradas de mármoles de Azpeitia. Al antiguo caserío señorial de Sarobe, legado á mis abuelos por un obispo Orenin de Mendijur, ha sustituido el palacio de traza francesa, labrado en piedra caliza, con todos los realces y salientes de mármol, y con grandes tejados y buhardillones de cinc, según el dibujo que le plugo idear á mi tío Rojas, padre de la Duquesa. Un macizo de vegetación espléndida, siempre verde, formado por los montecillos que se agrupan detrás del palacio, constituye el hermoso fondo de aquel cuadro. Cuando llegamos á la plazoleta central del parterre, nos rodearon y aclamaron multitud de gentes, vestidas de día de fiesta, que eran, según el administrador me dijo, los caseros dependientes de la Duquesa, con sus mujeres é hijos. Desde la primera gradería de mármol pasamos al vestibulo, cuajado de flores y repleto en sus paredes de timbres heráldicos. En la escalinata interior estaban, tiesos, rígidos y ceremoniosos, así como dando guardia, ocho criados, y allá arriba, á ambos

lados de la puerta central, se erguían dos figuras femeninas, que no acerté á saber de pronto si serían personas ó maniqués vestidos, tal era la prosopopeya, tiesura é inmovilidad con que se tenían. Pero al llegar á ellas y decir el administrador:

—Su excelencia D. Gonzalo de Orenin, primo hermano de su excelencia nuestra señora la Duquesa de Finferren—aquellas dos figuras se encogieron, se ahuecaron y se atrsaron, se volvieron á estirar y me miraron sonrientes, adelantándose pudorosamente hasta darme una especie de simulacro de abrazo, y diciendo á la vez:

—¡Oh, nuestro muy querido Gonzalito! Bien venido sea usted á esta su casa, en la que hace tantos años se le aguarda.

Y en tanto el administrador, señalándome á aquellas dos damas, dijo:

—Las Sras. D.^a Eduvigis y D.^a Desposorios de Rojas, hermanas del difunto Excmo. Sr. Duque Finferren, tías de la Exema. Sra. Duquesa.

Repetidos los saludos, separaron ellas los pesados cortinajes bordados de la gran puerta central, y avanzamos en correcta formación hasta otra puerta, entre cuyos ondulados pabellones, que con sus doradas cenefas tocaban al suelo, estaba, rodeada de seis doncellas, mi prima la Duquesa. Se adelantó, cogió mis manos y yo besé las suyas, mientras decíamos á un tiempo:

—¡Lucila! ¡Prima de mi vida!

—¡Gonzalo! ¡Gonzalo! ¡Mi querido primo!

Y siguió la procesión en marcha: las tías, las doncellas, mi secretario, el administrador y los mayordomos, atravesando aquellas regias estancias, hasta una hermosa galería de cristales con preciosas vistas, donde Lucila, Eduvigis, Desposorios y yo, quedamos en cariñosa conferencia, después que el cortejo se retiró.

Mi prima era realmente un espíritu puro, envuelto en la menor cantidad posible de carnes. De mediana estatura, delgadísima, de piel morena, con el pelo entre rubio y encarnado y los ojos negros, dejaba ver en su recogido escote y en las líneas de sus hombros y de sus codos las pronunciadas cuerdas de sus ligamentos y los angulosos cortes de sus huesos. Hablaba y accionaba con desdeñosa severidad, riéndose muy de tarde en tarde, y mostrando, que se riera ó no, una abultada y aristocrática dentadura saltona, digna de un varón recio y fornido. Su correctísimo traje, recién venido de París seguramente, pregonaba, en materia de gusto y elegancia, la ostentación y humos de la señora; pero ni por delante ni por detrás acusaba detalle alguno que llamase la atención, en cuanto á la interior estética de su persona. De su conversación deduje que mi prima era muy leída y muy sabida, y que se consideraba un tantico más alta y superior, en todos conceptos, á cualquiera otra mujer que se la pusiera por delante. Hablamos de mi madre, de nuestros difuntos padres, nos burlamos en grande del pleito que por tantos años nos tuvo distanciados, y se pasó detallada revista de los regalos que yo traía. Vimos el palacio, los jardines y la huerta, y el administrador me condujo luego á mis habitaciones, situadas en un pabellón anejo, muy separado de las de la Duquesa y de las de sus tías, para que «el qué dirán» no tuviera nada que decir.

Muy pronto se susurró en Urdaneta y pueblos adyacentes

que yo había ido á casarme con mi prima. Encargáronse de explorar mi voluntad Eduvigis y Desposorios, por medio de hábiles indirectas, muy transparentes. Yo les aseguré que Lucila no me parecía mal, pero que, en cuanto al casamiento, «eso era cosa de mi madre». Nos dejaron solos muy á menudo en las galerías, en el salón del piano, en el jardín y los paseos por el bosque. Lucila me hablaba de sus recuerdos de niña, de sus ilusiones en el colegio de Suiza, donde se había educado, de su vida monótona y triste en Sarobe, de sus cuantiosas rentas, y hasta me decía:

—¿No crees que harán muy bonito conjunto los escudos de Orenin y Finferren unidos? ¿El lema *Firme* arriba y el *Faire sans dire* abajo?

Yo le contaba también mis recuerdos de estudiante, mis viajes, las historias de mis compañeros de carrera y mis ensueños y esperanzas; pero no podía encontrar en mi espíritu ni en mis labios una sola frase de sincero cariño, y como jamás he sabido aparentar ni mentir, no se la decía.

Diariamente escribía yo á mi madre, la cual, al leer mis cartas, entre renglones adivinaba que todo marchaba bien en Sarobe menos el amor. Mi prima y mis tías le invitaron á que nos visitara, y, en efecto, llegó, siendo recibida con grandes manifestaciones de respeto y de alegría. Visitáronla las personas más distinguidas de aquella parte de Guipúzcoa, y entre ellas vino á verla María de Urdinguio, la hija del hidalgo, compañero de armas de mi padre y de mi tío, á la que no pude ver, porque la tarde en que llegó á Sarobe estaba yo de caza con unos amigos de Zumaya.



III.

Durante ocho ó diez días dedicamos mi madre y yo las tardes á pagar las visitas, recorriendo en coche aquella deliciosa comarca.

—Hoy iremos á Gordeya á ver á María de Urdinguio— me dijo —é iremos solos porque tenemos que hablar, hijo mío.

En efecto, una vez en el camino, se encaró afectuosamente conmigo la Condesa de Orenin, y me preguntó en voz baja, para que el cochero no se enterara:

—Pero vamos á ver, ¿no habéis hablado Lucila y tú algo del propósito de vuestra boda?

—Todavía no, madre.

—¿Pues para cuándo lo dejáis, al cabo de veinte días?

—No lo sé.

—Ella, según dicen sus tías, está enamoradísima de ti.

—¡Pues no se lo he conocido!

—No está bien que ella se declare.

—Es verdad.

—Y ya sabes que es muy altiva.

—También es verdad.

—Lo que ha de ser, debe hacerse pronto.

—Si, señora, pronto.

—De modo que ¿qué me dices?

—Déjeme usted que lo piense bien en unos cuantos días.

—¿Te decidirás?

—Creo que sí.

—Yo quedaría satisfechísima con ese enlace.

—Ya lo sé, madre.

—Pues procura que salgamos cuanto antes de esta situación.

—Saldremos en cuanto usted lo ordene.

Y en vano mi madre me asedió para que hablara, porque como yo no tenía nada que decirle respecto á semejante cuestión, nada afirmé que pudiera complacerla.

Un poco más allá de Meaga, á un lado del camino y en medio de un oasis de árboles, está la bonita casa de Gordeya. Llegamos, me apeé del carruaje y llamé á la puerta, que estaba cerrada. Llamé tres veces, y nadie contestó. Íbamos á marcharnos, cuando un aldeano, que pasaba por el camino, dijo, quitándose respetuosamente la boina:

—En la huerta deben estar los de Urdinguio. Mire usted, señor, tome usted por este sendero arriba, y allí, desde aquellos castaños, verá usted si están en la huerta.

Así lo hice; aparté los helechos que cerraban el paso, trepé al terraplén que corría paralelo á la pared de la huerta, dejando un pequeño foso en medio, y al cabo de andar treinta pasos, salté al lado opuesto, me empiné sobre unas piedras, y separando las ramas de los avellanos que crecían por dentro al lado de la tapia, metí la cabeza entre las hojas y miré.

Sorprendente cuadro se presentó ante mis ojos, que hizo agolparse mi sangre en torbellino á mi corazón y á mi cerebro. Un frondoso emparrado lleno de amplios pámpanos y de blancos racimos formaba linda glorieta en aquella parte de la huerta, y debajo de la festoneada cúpula, en torno á un surtidor y á una gran taza de piedra, había colocados sobre el borde, en una gradilla y en el suelo, multitud de tiestos cuajados de flores de variadísimos matices. Sola en medio de aquel delicioso rincón, vi una joven que no pasaría de veinte años, de correcto dibujo en el rostro, de ojos grandes, azules, con una arrogante mata de cabellos rubios que, peinados hacia la nuca, se unían detrás del cuello con una ancha cinta de terciopelo negro, para desparramarse después, cayendo en majestuosa y dorada melena, sobre la espalda. El aire, al mover el pañuelito de seda que tenía medio sujeto á la garganta, dejaba ver el redondeado y macizo nacimiento de ésta y la suave curva de su seno abundantísimo. Su justillo ó corsé de campo, que dibujaba un talle airoso y apretado, apenas ajustaba las mangas en lo alto de los hombros, de los que nacían desnudos dos escul-



ENTRE ROSAS.—Cuadro de C. Weisel.

tóricos y obúrneos brazos, gruesos, redondos y de dilatado y clásico perfil. Una falda azul, rameada de blanco, y un delantal negro, completaban el conjunto de aquella majestuosa y escondida hermosura de la montaña. La joven regaba á la sazón los tiestos y hablaba, ó fingía hablar, con unos canarios y jilgueros aprisionados en lindas jaulas pendientes de la parra, que contestaban á las mimosas palabras de su ama con cariñosos trinos, arpegios, fantasías y repiques del arte pajaril.

La muchacha no podía verme, escondido como estaba mi rostro entre las hojas de los avellanos; así es que á mi gusto y maravillado la contemplé largo rato con creciente complacencia. Al fin, puesto que había ido á llamarla, la llamé, diciendo con melosa voz:

—¡María de Urdinguio!

La joven levantó la cabeza, me vió, lanzó un grito, se cubrió los brazos con el delantal, y ocultándose detrás de unas ramas de laureles del sendero, exclamó:

—¿Quién es usted? ¿Qué hace usted ahí?

—Como no sale usted á la puerta cuando llaman—respondí—hay que buscarla por la pared. Soy el hijo de la Condesa de Orenin, su amiga de usted, y hemos venido á pagarle la visita.

—¡Allá voy! ¡Allá voy!—añadió la jóven, desapareciendo por debajo del emparrado.

Yo volví adonde aguardaba mi madre, más muerto que vivo. Jamás visión semejante se había cruzado en el camino de mi vida, ni de mis ilusiones. Me sentía trastornado, y apenas supe explicar en dónde había encontrado á la dueña de la casa. No sé cómo pudo ésta ataviarse en los breves minutos que transcurrieron hasta que abrió la puerta y se arrojó en brazos de mi madre. Tenía recogido el pelo en abultado rodete; se había puesto una linda chaquetilla clara, una flamante chalina airosamente anudada, y un vestido de listas, y así, en un momento transformada, me pareció más hermosa que debajo de la parra. Se deshizo María en cariños y agasajos con mi madre, manifestándolos con tal sencillez y naturalidad, que sus palabras y sus francas sonrisas inundaban el aire y todo cuanto le rodeaba de un ambiente de atracción y de ventura irresistibles. Nos enseñó la casa; el gabinete de los recuerdos, donde estaban los retratos de mi padre, del suyo y de Fínferren; algunos apuntes á pluma que mi padre dibujó en Segovia; la espada y el revólver que le regaló cuando ascendieron á tenientes, y un legajo de cartas, algunos de cuyos párrafos leyó mi madre enternecida, porque se referían á la época en que era novia del Conde de Orenin. Mientras recorriamos la huerta, prepararon las criadas el refresco y el chocolate, que tomamos debajo del emparrado. Á mí me supieron á gloria el refresco, el caserío, los pájaros, las palomas, el aire, el crepúsculo de la tarde, las historias viejas de los artilleros, y sobre todo, la gentil presencia de aquella huérfana, emperatriz de todas las Venus de Milo habidas y por haber. Yo no sé si mi madre se fijaría en que yo la devoré con mis miradas. Ella sí que se fijó, porque mientras nos miramos se encendieron sus mejillas de tal manera, que, siendo su cara desvanecida rosa, se cambió en abierta granada.

La dejamos con pena, y acariciados por la fresca brisa que venía del mar, entre las tinieblas de una estrellada noche, volvimos á Sarobe.

IV.

Pocos días después se celebró en el palacio la solemne festividad del santo de mi prima. Gran función en la capilla, comunión general, comida á los pobres, regalos á los criados, banquete campestre á todos los inquilinos, auresco nacional y ¡qué sé yo cuántas grandezas y alegrías hubo en aquella inolvidable mañana de Julio! Lo más solemne, entre lo profano, iba á ser la comida de gala y de familia, á que, por merced especial, asistieron el administrador, D. Juan Cruz de Mocoroa, y el arcipreste de aquella jurisdicción, señor de Berricano. Las tías, Eduvigis y Desposorios, sacaron del fondo del arca sus ricos vestidos de damasco, con largas colas, que estrenaron en las fiestas del Convenio de Vergara; mi madre se presentó con el atavío con que solía asistir á Palacio en la corte; mi prima lució por primera vez un traje de brochado blanco, recién salido de casa del modisto Lebtorandiere, y la diadema de perlas envía la desde mi casa; el arcipreste sacó su sotana de seda y su encomienda de Carlos III, y Mocoroa nos deslumbró con el lustre de su enorme pechera, sobre la que descollaban dos diamantes garbanzudos. Yo, obedeciendo á mi madre, vestí de frac. Mientras comimos, tocó en el jardín la banda de músicos de Arrona, y los caseros dispararon centenares de cohetes. Fué el *menu* de lo más selecto que pueden idear la cocina francesa y vascongada en combinación. El arcipreste, hombre muy alegre y sanote, nos entretuvo agradablemente con su ingenio. Mocoroa recordó los estupendos hechos de su señor, el difunto Fínferren, en la caza y en la guerra; las tías, conturbadas por la etiqueta, apenas hablaban, y la Condesa y la Duquesa se esforzaron en agasajarse mutuamente y en celebrar mis ocurrencias. Yo estaba muy decidido aquel día, satirizando lo que el administrador y el arcipreste contaban. Dos horas duró el banquete, al cabo de las cuales pasamos al saloncillo del café, ricamente decorado con flores naturales y con obras de arte.

Cuando el *fine Champagne*, el *Chartreuse* y los cigarros alegraron un poco los ánimos masculinos, todos, hombres y mujeres, tomaron parte en la alegre conversación. El arcipreste improvisó algunas bombas y ovillejos, y el administrador relató varios chascarrillos vascongados de verdadera gracia, con el correspondiente permiso de sus excelencias las señoras. Al fin, el arcipreste, después de cruzar una mirada de inteligencia con mi madre, me dijo:

—Vamos, Sr. D. Gonzalo, ¿y cuándo celebraremos aquí la fiesta mayor del siglo?

Siguió un momento de silencio general; y yo, al notar que todos me miraban, dí una fuerte chupada al puro, lancé despacio una bocanada de humo, y fijando mis ojos en la copa que tenía delante, contesté con aparente inocencia y humildad:

—¿Qué fiesta, señor arcipreste?

—¡Ah, picarón! ¡Y cómo se hace el disimulado! Aquí esperamos todos que el futuro Conde de Orenin sea al mismo tiempo Duque de Fínferren—añadió el sacerdote.

—No hay más que una pequeña dificultad—repuse yo sin dejar de saborear mi cigarro.

—¿Cuál?—exclamó mi madre.

—¡Que á mí no me gusta mi prima, y que estoy enamorado de María de Urdinguio.

Cuando acabé de decir estas palabras, todos se habían puesto en pie, impelidos por la sorpresa de mi terrible declaración. El administrador temblaba como un azogado; el arcipreste no podía romper á hablar; la Duquesa, mi prima, dejando caer la silla de un golpe airado, levantó orgullosa la cabeza, miró á mi madre, le hizo una profunda reverencia, y dijo, con aire de desdeñosa despedida, desde la puerta del salón:

—Señora Condesa.....

Mi madre, encendido el rostro y contestando con burla á la altivez de su sobrina, la devolvió el ceremonioso saludo, diciendo:

—Señora Duquesa.....

Y en pos de mi prima, cabizbajos, salieron del salón sus parientes y representantes, y yo, impávido, sin moverme de mi asiento, contemplé aquel desenlace, apurando el último sorbo de cognac, hasta que oí la airada voz de mi madre, que me decía:

—¡Gonzalo, vámonos!

Me levanté, la seguí á su habitación, y allí me dijo:

—Pero estás loco, hijo mío; ¿qué has hecho?

—Cálmese usted, madre, y óigame.

—¿Te atreves aún á defender tu conducta?

—Óigame usted, madre.

—Habla.

—Veintitrés años tengo, y obedeciendo á usted, no he amado ni me he aproximado jamás á ninguna mujer. ¿No es verdad?

—Es verdad.

—Pues bien; en premio de tanta virtud, ¿me quiere usted condenar ahora á adefesio perpetuo? Porque no me negará usted, madre, que mi prima Lucila, con todos sus millones y sus ínfulas, es un adefesio. ¿Eh?

Mi madre se calló, y creo que estuvo á punto de soltar la carcajada.

—¿Será usted tan cruel—añadió—que me condene á semejante desventura?

—No hablemos más—contestó.—Tu resolución de no casarte con Lucila es...

—Firme, madre, como todas las resoluciones de mi casa.

—Vámonos, pues; no podemos permanecer aquí ni una hora más.

Y en efecto, antes de una hora salíamos de Sarobe en dos carruajes, con mi secretario y criados, sin haber vuelto á ver á mi prima.

—Preciso es—me dijo mi madre en el camino—que salgas en esta semana, sin falta, para Inglaterra. Bueno es que te enteres de la propiedad que allí tenemos.

—¿Y por cuánto tiempo me destierra usted?—repuse yo, conociendo su intención.

—No lo sé. En el invierno iré yo á buscarte y marcharemos á Italia.

—¿Y después?

—No lo sé; viajaremos por todas partes, menos por Guipúzcoa.

Mi madre había dictado en estas palabras su sentencia definitiva contra María de Urdinguio.

Cuando ocho días después regresamos á Madrid para preparar mi viaje, encontramos apiladas en mi despacho todas las cajas de los regalos que habíamos hecho á Lucila, sin carta, aviso, ni documento alguno. Mi madre los entregó intactos al Hospicio, para que los rifasen y dieran su producto á los pobres.

Facturé mi equipaje para Liverpool, me despedí de mi madre, llegué á Bilbao, y, en vez de embarcarme, tomé un coche y me fui á saludar á María. No quiso abrirme la puerta de su caserío, y hube de conformarme con que habláramos, ella desde el balcón y yo desde el camino. Me dijo que estaba enterada de cuanto había pasado en Sarobe, y que mi prima desde entonces sufría grandes ataques nerviosos que la tenían en grave estado. La repetí lo que había dicho en el banquete del palacio, y la supliqué que me esperara.

—Hasta que se olvide usted de mí—me contestó—esperaré.

—Mire usted—le dije—lo que está escrito aquí, al pie de este retrato mío, que la dejo como recuerdo.

—¿Qué dice?

—¡Firme!

—Mi firmeza depende de la de usted.

La plática al aire libre se prolongó mucho tiempo, hasta que, bien á pesar mío, nos despedimos, dejando yo mi retrato en el banco de piedra que hay al lado de la puerta del caserío.

Ni Inglaterra, ni Italia, ni el paraíso, me quitaron de encima, ó me hubieran quitado, el pesar que llevé conmigo al separarme de Gordeya. Me volví taciturno y casi imbécil. Jamás había sentido amor hasta entonces. En vano combatí mi madre aquella creciente melancolía. En vano en Inglaterra y en Madrid se esforzó en que yo me enamorara y me casara. Sermonéabame mucho, y yo respondía:

—Madre, en mi corazón no hay más que una palabra: ¡Firme!

Dos años más tarde, estando en Venecia, recibimos la noticia de la muerte de Lucila. En aquel otoño tomé posesión del palacio de Sarobe, después que en la parroquia de Meaga hice á María de Urdinguio Condesa de Orenin y Duquesa de Fínferren.

RICARDO BECERRO DE BENGOA.





EL CORAZÓN HUMANO

Corazón insondable, yo querría
 Descender á tu lóbrego recinto
 Como á una cueva en que penetra el día,
 Y ver el nacimiento y la agonía
 Que hay en cada pasión y cada instinto.

Quisiera ver los negros surtidores
 De donde salen en furiosa guerra,
 Como lava que corre entre las flores,
 Ese turbión de males y rencores
 Que inunda con escándalo la tierra.

Quisiera en él mirar á un tiempo mismo
 El pálido desván de la avaricia,
 El fétido fangal del servilismo,
 El viejo torreón del despotismo
 Y el asqueroso harén de la impudicia.

Oir á la virtud cuando se queja
 Y á la inocencia cuando llora y clama,
 Á la vez que Satán les aconseja
 Se oculten, porque el mundo no las llama,
 Y el amar y hacer bien son cosa vieja.

Ver cubierto de sierpes el camino
 Que sigue la traición cuando coloca
 Su puñal en la mano al asesino,
 Y el monstruo que echa de su horrible boca
 Los verdugos del hombre y su destino.

Ver el antro infernal donde se ocultan
 Los nobles y purísimos anhelos,
 Cuando al salir para brindar consuelos,
 Miran que todos su presencia insultan,
 Por más que son los hijos de los cielos.

Y entre tantos sepulcros de ilusiones,
 Tanta ruína, podredumbre y lodo,
 Ver secarse tus fibras, tus pasiones
 Extinguirse y cesar tus pulsaciones,
 Para luego insensible hacerte á todo.

¡Á todo! Igual para el placer que el luto,
 Ni te conmueve nada ni te asombra.

¡Tumba del sentimiento; árbol enjuto
 Que sin dar en la tierra ningún fruto,
 Das la muerte al que está bajo tu sombra!

¡Sociedad falsa! Cuando el hombre sale
 De tus secas entrañas, en seguida
 Dejas que el alma su perfume exhale,
 Y él te ofrece ¡infeliz! lo que más vale:
 La virgen savia de su hermosa vida.

Y después que lo aturdes y diviertes
Y antes que al peso de la edad sucumba,
Cuando más dichas á su paso vieres,
Le vas cambiando con diversas muertes
Su alma en cadáver y su cuerpo en tumba.

Y luego ¿qué ha de hacer? Perderse en vano
Por un mundo fatal que no le arredra;
Tender tranquilo á la maldad la mano,
Y al enemigo, que le llama hermano,
Mostrarle siempre un corazón de piedra.

¡Ay! todo invita. Á la honradez sagrada,
Responden el engaño ó la blasfemia;
La envidia, al genio; á la razón, la espada;
Y la vida corriendo desbordada,
Va llevando el contagio y la epidemia.

En la amistad al interés se atiende;
Como antigua moneda que se gasta
Disminuye el honor; la fe descende
Como valor inútil y se vende
El santo amor en pública subasta.

Bajo los niveos senos virginales
Brotan incendios y tormentas y odios;
Se profanan los tálamos nupciales,
Y se marchan los ángeles custodios
Cuando llegan los genios infernales.

¡Sociedad corrompida! Si no tienes
Sitio donde guardar como un tesoro
El corazón que á su pesar retienes,
Con su raudal de goces y de bienes,
Su edén de rosas y sus sueños de oro:

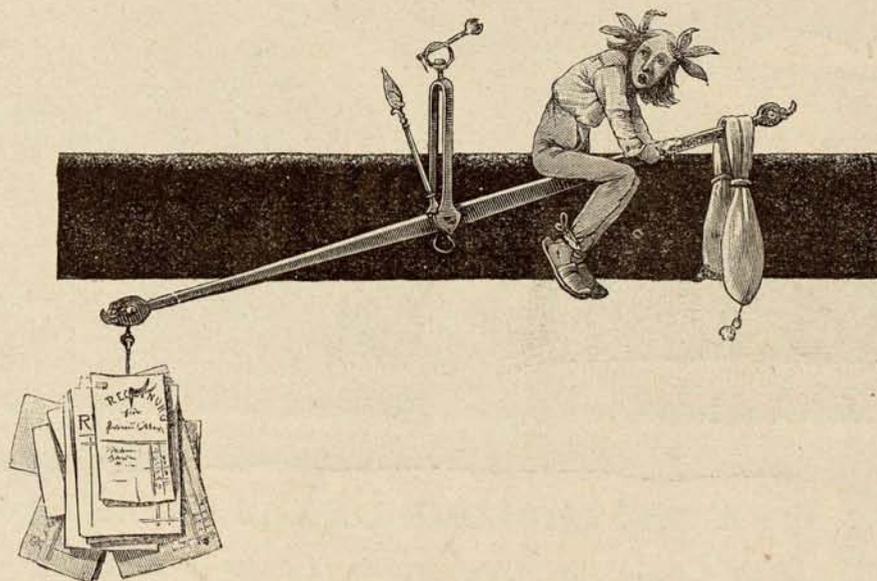
Si escarneciendo su misión divina
El hombre ha de anidar en su pobreza,
Cual víboras que oculta una ruina,
Todo lo que emponzoña y asesina
El alma; el deshonor y la vileza:

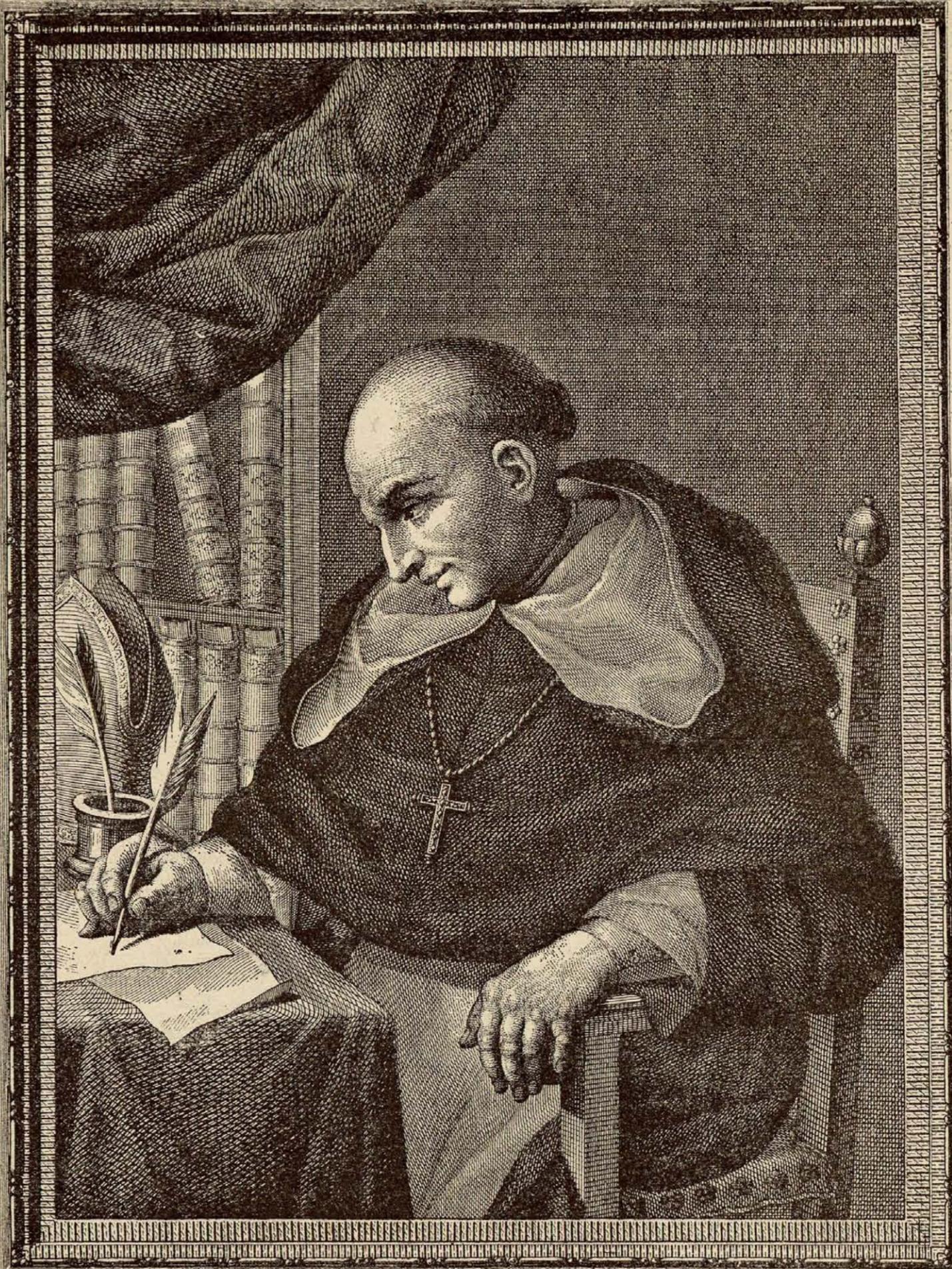
Si han de ser su camino los desiertos,
Su término un abismo desolado,
Y ha de llevar bajo sus años yertos
Un lago de Pentápolis cegado
Con aguas negras y con frutos muertos:

Si después que su espíritu se estanca
Y su mundo ideal se desmorona,
Para ceñir del vicio la corona
Le estorba la conciencia y se la arranca,
Ó le molesta Dios y lo destrona;

Entonces debe, sin mostrar despecho,
Exprimirle sus lágrimas postreras
Y arrojarlo á sus pies roto y deshecho,
Ó antes que duerma así bajo su pecho
Hacerlo pasto de voraces fieras.

G. BELMONTE MULLER.



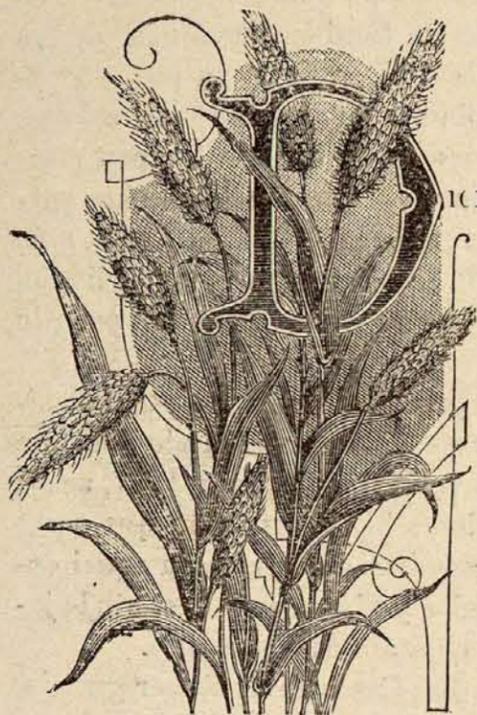


D. FR. BARTHOLOME DE LAS CASAS

*Del Orden de Predicadores, Obispo de Chiapas
Varon apostolico, y el mas zeloso de la felicidad
de los Indios.*

*Nacio en Sevilla el año de 1474, y murió en Madrid
el de 1566*

EL P. FR. BARTOLOMÉ DE LAS CASAS



¿DICE el eminente geógrafo Eliseo Reclus que el descubrimiento del Nuevo Mundo, y no la toma de Constantinopla por los turcos, debiera ser considerado como el acontecimiento que señala el principio de la Edad Moderna; pero aquí cabe preguntar: ¿En qué fecha ha de fijarse la realización de aquel asombroso y trascendental acontecimiento? Si pueden considerarse como

parte del Nuevo Mundo todas las tierras no conocidas en la antigüedad clásica ni en la Edad Media, las fechas en que los portugueses arribaron á Porto-Santo, á la isla de la Madera y después al archipiélago de las Azores, serian las primeras que había que señalar con matemática exactitud para elegir la que había de fijarse como comienzo de la Edad Moderna. Si por Nuevo Mundo sólo ha de entenderse las islas y tierras firmes que hoy forman lo que llamamos América y Oceanía, cierto es que el 12 de Octubre de 1492 es la fecha en que el marinero Rodrigo de Triana vió la tierra de una de las islas Lucayas, en que desembarcaron Colón, los Pinzones y los demás valerosos tripulantes de las tres famosas naves, la *Santa María*, la *Pinta* y la *Niña*; pero la verdadera importancia de aquel descubrimiento quedó desconocida durante algunos años. Colón, en su tercero y cuarto viaje, llegó á pisar las tierras del continente americano, pero persistió en su idea de que había llegado á las Indias por un camino distinto al que seguían los portugueses; y en el año de 1502 escribió al Papa Julio II: «El Rey y la Reina, mis señores, me enviaron á priesa á descubrir..... descubrí de este camino..... trescientas treinta y tres leguas de la *tierra firme de Asia*.»

Vasco Núñez de Balboa, en 1513, descubrió el Océano Pacífico, que ocupá más de la tercera parte de la superficie de la Tierra; y Fernando de Magallanes, en 1520, navegó en el estrecho que hoy lleva su nombre, fijando de este modo el extremo de América en el hemisferio austral; y entonces fué cuando se supo de cierto que aquella tierra firme

y aquellos archipiélagos que había descubierto Cristóbal Colón no eran parte de la ya conocida Asia, aun cuando podía suponerse que acaso el nuevo continente formase una península unida al antiguo en las latitudes ya próximas al polo boreal. De esta duda no se salió hasta el año de 1728, que Bering descubrió el estrecho á que ha dado su nombre.

Además el viaje de Vasco de Gama en 1497, en que se consiguió realmente llegar á las costas de Asia navegando por el mar Océano, facilitó los descubrimientos que hicieron los portugueses desembarcando en la Australia en 1530 y en varias islas de las que actualmente forman la quinta parte del mundo, que llamamos Oceanía. Y de todo lo dicho se deduce la grave dificultad que aparece al tratar de responder á la pregunta que antes hicimos: ¿en qué fecha debe fijarse el descubrimiento del Nuevo Mundo?

Sí; porque el descubrimiento del Nuevo Mundo es la obra de la raza ó de la gente hispano-portuguesa; obra que comienza cuando el infante D. Enrique de Portugal establece la escuela náutica de Sagres; que halla sus cimientos cuando Gil Eannes dobla el cabo de Bojador, y Bartolomé Díaz el de Buena Esperanza; que se alza majestuosa cuando Cristóbal Colón y sus heroicos compañeros de viaje surcan el Océano fiando en que la redondez de la tierra ha de prestarles camino seguro para llegar á Oriente siguiendo el rumbo hacia el Poniente; obra que se engrandece cuando Vasco de Gama llega á las costas de Asia sin tocar en el continente americano, los portugueses descubren algunos de los archipiélagos de Oceanía, y Núñez de Balboa el Océano Pacífico, y obra que en lo esencial queda terminada cuando Fernando de Magallanes y Juan Sebastián de Elcano, ó del Cano, realizan el primer viaje alrededor del globo terráqueo, dejando ya fijada la situación de las tierras y los mares de América y Oceanía.

Nada de lo hasta aquí expuesto tiende á desvirtuar la afirmación que hace el insigne geógrafo Reclus, al decir que el descubrimiento del Nuevo Mundo es el hecho que mayor influencia ha ejercido en el génesis de la civilización moderna, porque nosotros estamos enteramente de acuerdo con esta afirmación. Realmente la Edad Moderna puede considerarse que comienza cuando los seres racionales conocen con alguna exactitud el planeta en que habitan, y esto sucede cuando Juan Sebastián de Elcano, en 1522, ter-

mina el viaje de circunnavegación por Magallanes emprendido. Así podría resolverse la dificultad de fijar la fecha que ha poco indicamos.

Si tal y tan grande es la importancia del descubrimiento del Nuevo Mundo, no es maravilla que todos los personajes que en este sin par descubrimiento intervinieron, ocupen en la Historia lugar preeminente, para ensalzarlos, si así lo merecen, ó la picota del reo, para escarnecerlos, si malamente se portaron. Por causas que ahora no es ocasión de explicar, en las historias del descubrimiento del Nuevo Mundo, hasta el presente escritas, muchos son los personajes que se hallan colocados en la picota como reos de traición ó ingratitud en sus relaciones con Cristóbal Colón; pocos, muy pocos los que han logrado un puesto honroso en el templo de la Fama, y entre estos pocos, acaso el obispo de Chiapa Fr. Bartolomé de las Casas, llamado el protector de los indios, es el más enaltecido por los historiadores, ya sean católicos, protestantes ó librepensadores.

En nuestra patria escribió la vida de Las Casas el P. fray Antonio Remesal, incluyéndola en su *Historia de las provincias de Chiapa y Guadalupe*; y por caso raro, los elogios que allí tributó el cronista monástico al fraile católico fueron confirmados en nuestro siglo por un fiel discípulo de los casi ateos enciclopedistas franceses. El ilustre poeta Quintana, en sus *Vidas de españoles célebres*, consagró su pluma á ensalzar la memoria del P. Las Casas, porque su liberalismo, más candoroso que práctico, coincidía con el ascetismo dogmático, más propio de ángeles que de hombres, que briosamente defendió durante muchos años el Protector de los indios.

En 1879 el Excmo. Sr. D. Antonio María Fabié, académico y ex ministro de Ultramar, publicó una extensa biografía del P. Las Casas, en que á la luz de la moderna ciencia examinó las teorías que desenvuelve el célebre dominico en su *Historia de las Indias*, acerca del derecho de conquista y de la rápida disminución de los indígenas del Nuevo Mundo, para reducir á justos límites las censuras con que se pretende manchar la gloria imperecedera de los conquistadores castellanos de los siglos XV y XVI.

Grande es el cuadro histórico del descubrimiento del Nuevo Mundo; grande es la figura del *Protector de los Indios*; reducido el espacio que disponemos para narrar acontecimientos en que se hallan mezclados confusamente los ideales del bien, acaso impracticables en aquel momento, y los horrores del mal, acaso impuestos por la dura ley de la necesidad, cuando no por las flaquezas ó las abominaciones de la mísera condición humana. Sin más preliminares, comenzaremos á diseñar un bosquejo, que otra cosa no es posible, de la vida y los escritos del obispo de Chiapa D. Fr. Bartolomé de las Casas.

I.

Nacimiento en Sevilla y estudios de Bartolomé de las Casas.—Pasa á la isla Española en 1502.—Su vida hasta el año 1510 en que abrazó la profesión religiosa.—Traslada Las Casas su residencia á la isla de Cuba.

Por los años de 1474, quizá en este mismo año, nació en Sevilla un hijo de Francisco de Casaus ó de las Casas, á quien pusieron por nombre Bartolomé, lo cual induce á pensar que si se siguió la costumbre de no quitarle la advoca-

ción del santo del día de su nacimiento, pudiera aquel niño haber visto la luz primera el 24 de Agosto del citado año 1474. Según conjeturas del biógrafo Sr. Fabié, la madre de Bartolomé de Casaus ó de las Casas se llamaba doña Beatriz de Fuentes y no doña Beatriz Maraver, que es el nombre que le da el historiador Ortiz de Zúñiga.

Hemos escrito dos ó tres veces Casaus ó Casas, porque de ambos modos firmaba el P. Las Casas en los primeros años de su vida, hasta que por fin dió la preferencia á la transformación española de su apellido, que, según parece, era de origen francés. Se dice que un Casaus, de nación francesa, asistió con San Fernando á la conquista de Sevilla, y fueron recompensados sus servicios militares con repartimiento de bienes en la ciudad conquistada. Según los genealogistas, este Casaus, tronco y fundador de las familias sevillanas de los Casaus ó las Casas, era de ilustre alcurnia, y ya por este camino se halla probada la nobleza de abolengo del célebre Obispo de Chiapa. Cosa de poco momento son los pergaminos heredados para el varón insigne que con sus hechos personales labra el pedestal de su gloria. De todas maneras, más vale tener que desear, y si el P. Las Casas era de noble linaje, no aumenta su mérito tal circunstancia, pero tampoco lo disminuye.

Francisco de Casaus había pasado á las Indias con Cristóbal Colón en 1493; tomó parte en los repartimientos que hubo en la isla Española, y se volvió á España en 1497, acaso para cuidar de la educación de su hijo Bartolomé, que cursó en Sevilla y Salamanca los estudios de lo que en aquel entonces se llamaban humanidades y filosofía, y después la jurisprudencia, hasta alcanzar el título de licenciado.

La riqueza de la familia de Las Casas no debía ser grande, cuando nuestro licenciado se decidió á pasar al Nuevo Mundo, y así lo hizo en la flota que zarpó de Sanlúcar de Barrameda el 13 de Febrero de 1502; flota compuesta de treinta y dos naves, que llevaban á su bordo cerca de dos mil quinientos pasajeros, y que se había dispuesto para conducir á la Española al nuevo gobernador de esta isla, Nicolas de Ovando, que iba á reemplazar al famoso Francisco de Bobadilla, tan duramente censurado en las obras históricas de Irving, Lamartine y Roselly de Lorgues, por haber mandado que se pusieran á Colón aquellos grillos y cadenas que hoy han aparecido en Italia perfectamente conservados por un mesonero previsor, para contentamiento y solaz de los detractores de España.

No es ahora tiempo ni lugar oportuno para ocuparnos en la debatida cuestión de los grillos puestos en la isla Española á los tres Colones, Cristóbal, Bartolomé y Diego; pero sí observaremos que el comendador Bobadilla había comenzado á gobernar en dicha isla en el mes de Agosto de 1500, y que Nicolás de Ovando le substituyó en el gobierno en el mes de Abril de 1502; es decir, que los Reyes Católicos mantuvieron á Bobadilla en la gobernación de la Española cerca de dos años, aun cuando su primer acto como autoridad había sido disponer el proceso y encarcelamiento de Colón y de sus dos hermanos. Añádase á esto, que en el juicio de residencia que se formó á Bobadilla los Reyes Católicos se dieron por bien servidos. No seguiremos esta digresión, porque nos apartaría mucho del asunto que ahora tratamos.

En la última mitad del mes de Abril de 1502 desembarcó Bartolomé de las Casas en Santo Domingo. Allí vivió du-

rante diez años, en cuyo tiempo tomó parte, según parece, en la guerra contra los indios alzados en la provincia de Higüey, y posteriormente, en 1510, aprovechando sus estudios de humanidades y filosofía, ingresó en el clero secular y cantó su primera misa en la ciudad de la Concepción de la Vega. Esta primera misa de Las Casas fué también la «primera que se cantó nueva en todas estas islas, y por ser la primera fué muy festejada del Almirante (D. Diego Colón que ya entonces había sustituido á Ovando) y de todos los que se hallaron en la ciudad de la Vega.... Tuvo una calidad

notable esta primera misa nueva: que los clérigos que á ella se hallaron no bendecían, conviene á saber, que no se bebió en toda ella una sola gota de vino, porque no se halló en toda la isla, por haber días que no habían venido navíos de Castilla». Así cuenta Las Casas la celebración de su primera misa en su *Historia de las Indias*.

Aquí tenemos que interrumpir el curso de nuestra narración biográfica para dar noticia del asunto en que se ocupó Las Casas desde poco tiempo después de su ordenación de sacerdote, hasta los últimos días de su vida. Cristóbal Colón, al descubrir el Nuevo Mundo, no estableció gran diferencia entre las personas y las cosas descubiertas. Desde luego se creyó autorizado para trasladar á España en sus carabelas algunos indios, pájaros y otras producciones de las islas que había descubierto. El P. Las Casas en la *Historia de las Indias*, que escribió en el último tercio de su vida, al ocuparse de los indios que en Barcelona presentó el Almirante, dice lo siguiente, refiriendo los preparativos del regreso de Colón á España:

«Martes 15 de Enero (1593) envió la barca á tierra... vinieron muchos hombres con algodón y con pan y cosas de comer.... Después que todos habían rescatado lo que traían, llegaron cuatro mancebos á la carabela (en sus canoas debieron venir), y pareció al Almirante dar de todo lo que le preguntaban tan buena cuenta.... que determinó de los llevar consigo á Castilla; cosa indignísima, cierto, de hacer; porque llevar por fuerza y contra su voluntad los que habían venido y fiado de los cristianos, so título de paz y seguridad, no se pudo, sin gran pecado, tal violación del derecho natural cometer.»

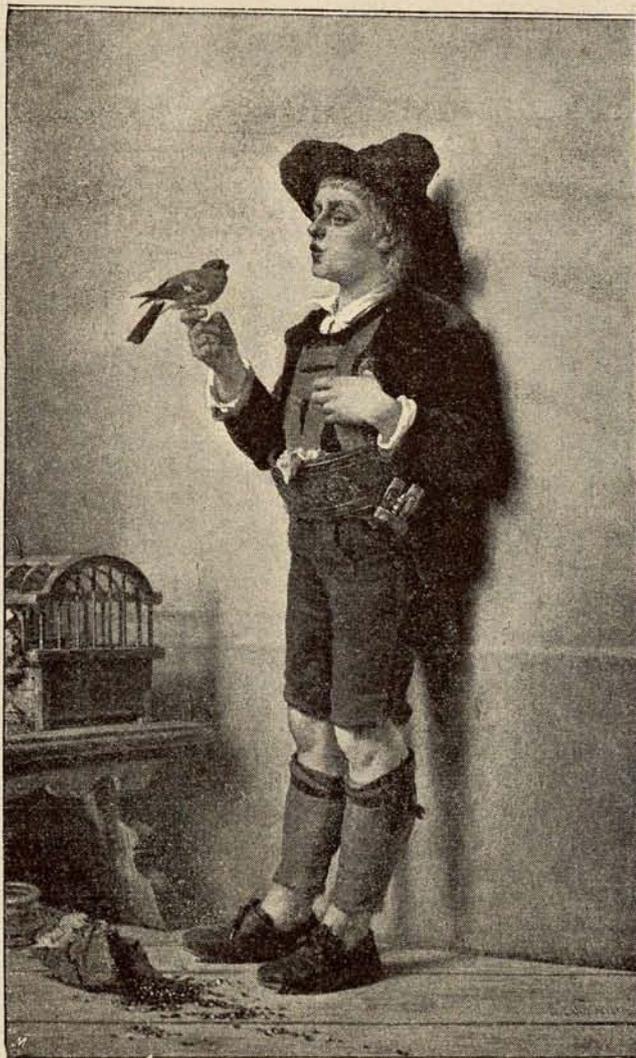
También observa el P. Las Casas, en otro lugar de su libro, que el almirante Cristóbal Colón escribió una carta en que «se determinó á decir que los Reyes podían llevar todos los indios que eran vecinos y moradores de aquellas tierras á Castilla, ó tenerlos en las mismas tierras captivos»; lo cual, á su juicio, demostraba «cuán lejos estaba el Almirante de acertar en el hito y punto del derecho divino y natural, y de lo que, según esto, los Reyes y él eran con estas gentes á hacer obligados».

No se limitó Cristóbal Colón á escribir á los Reyes Católicos en la forma que tan severamente censuraba el Padre Las Casas, sino que puso por obra lo que en su carta decía, y desde el punto y hora en que comenzó á ejercer el cargo de gobernador de la isla Española, estableció los repartimientos de indios entre los españoles; repartimientos que después se llamaron encomiendas, porque tratando de encubrir con el manto respetable de la religión lo que no era piadoso, ni siquiera bueno, se decía que tantos ó cuantos indios se encomendaban á tal persona para que los educase é instruyese en la fe cristiana, siendo así que sólo se trataba de dar al indio un amo que se aprovechase de su trabajo corporal; esto es, de convertir al indio en esclavo ó *captivo*, como decía el descubridor de las Indias Occidentales.

Después de referir Las Casas cómo Colón *encomendaba* los indios y los repartía entre los castellanos que eran vecinos de la isla Española, añade: «Lo mismo hicieron los siguientes gobernadores...., y si cuando se los daban les decían que con cargo de que en las cosas de la fe les enseñasen, no era otra cosa sino hacer de la misma fe y religión cristiana

sacrilego é inexplicable escarnio; y merecieran los mismos gobernadores les hicieran, no cuartos, sino catorce cuartos.»

Esto escribía el P. Las Casas por los años de 1552; pero ciertamente que aun no pensaba así cuando, siendo ya sacerdote, pasó á la isla de Cuba en 1512, á instancias de su gobernador Diego Velázquez, que le dió su correspondiente repartimiento ó encomienda de indios, para que cultivasen las tierras que también por donación se le habían designado. Es decir, que Bartolomé de las Casas, combatiendo como conquistador en la guerra contra los indígenas de la provin-



LA LECCIÓN DE CANTO.

cia de Higüey, y aprovechando el trabajo de los indios, á los que trataba humanamente por su natural compasivo, pero *todo lo concerniente á sus ánimas puesto al rincón y de todo punto por él y por todos olvidado*; es decir, que Bartolomé de las Casas en la primera época de su residencia en América siguió, como seglar al principio y después como clérigo, la misma conducta que años más tarde anatematizó tan duramente en sus sermones y en sus escritos históricos y jurídicos. Por esta causa, el obispo Fonseca oyendo en cierta ocasión á Las Casas que anatematizaba la crueldad y codicia de los conquistadores de América, le dijo airado: «Pues vos estábades en las mismas tiranías y pecados.» A lo cual contestó Las Casas: «Si yo los imité y seguí en aquellas maldades, haga vuestra señoría que me sigan ellos á mí en salir de los robos, homicidios y crueldades en que perseveran y cada día hacen.» Explicar cómo se verificó el cambio de ideas y conducta del licenciado Bartolomé de las Casas, capítulo aparte requiere.

II.

Predicación del fraile dominico Fr. Antonio Montesino contra los conquistadores y encomenderos de la isla Española.—Un padre dominico no quiere oír en confesión al clérigo Las Casas, porque poseía indios encomendados.

Los frailes de la Orden de Santo Domingo llegaron por primera vez á la isla Española en el año de 1510. Estos religiosos vieron muy pronto los abusos á que daba ocasión la esclavitud de los indios, que hipócritamente se denominaba repartimientos ó encomiendas; vieron que aquel sublime ideal del cristianismo, en que los hombres son hermanos, porque todos son hijos de Dios, no se avenía con los rigores del fiero conquistador, ni aun con las disposiciones legales de los juristas y gobernantes, y puesta su mirada en la perfección moral del cristiano, se decidieron á combatir sin tregua ni descanso la iniquidad de los poderosos, para defender los fueros de la religión y de la justicia, tan frecuentemente hollados en las personas de los indios y de sus bienes territoriales. Los frailes dominicos casi negaban el derecho de conquista, que servía de base á la dominación de los españoles en las Indias Occidentales; y desde luego, negaban que hubiese derecho para repartirse las tierras que se habían descubierto por Colón y los continuadores de su obra, y mucho menos para transformar á sus habitantes en esclavos de los españoles.

Sancionado el hecho de la conquista del Nuevo Mundo por los Reyes de España, y hasta por el Pontífice romano, según la famosa bula de Alejandro VI; admitida la esclavitud de los indígenas como castigo de la resistencia que hicieron á los conquistadores, según lo dicho en el requerimiento que precedía á la invasión de las islas y tierras firmes por los españoles descubiertas, claro aparece que las doctrinas de los frailes dominicos, anteriormente indicadas, pugnaban con todo el orden de cosas establecido, y sólo podían prevalecer como censura de los abusos de la fuerza por parte de los conquistadores, y condenación de la inhumanidad y olvido de sus obligaciones de enseñanza de la Religión católica, respecto á los dueños de esclavos indios.

Llevando la voz de la comunidad dominica, subió al púlpito en la ciudad de Santo Domingo, cierto día del año de

1511, el P. Antonio Montesino, y predicó un sermón en que, increpando á sus oyentes, les decía: «¿Con qué autoridad habéis hecho tan detestables guerras á estas gentes, que estaban en sus casas y tierras mansas y pacíficas, donde tan infinitas de ellas con muertes y estragos nunca oídos habéis consumido? ¿Cómo los tenéis tan prescos y fatigados, sin darles de comer, ni curarles en sus enfermedades, que de los excesivos trabajos que les dais se os mueren, ó por mejor decir, los matáis por sacar y adquirir oro cada día? ¿Qué cuidado tenéis de quien los doctrine y conozcan á su Dios y Criador, sean bautizados, oigan misa, guarden las fiestas y domingos? ¿No son hombres? ¿No tienen almas racionales? ¿No estáis obligados á amarlos como á vosotros mismos? ¿Esto no entendéis? ¿Esto no sentís? ¿Cómo estáis en tanta profundidad de sueño tan letárgico dormidos? Tened por cierto que en el estado en que estáis no os podéis salvar más que los moros ó turcos, que carecen y no quieren la fe de Jesucristo.»

Gran indignación produjeron las palabras de Fr. Antonio Montesino en el Gobernador de la isla Española, que lo era entonces el segundo almirante D. Diego Colón, y en los oficiales reales que las habían escuchado; y, en general, los dueños de esclavos indios, más codiciosos que creyentes, se dieron de vivir en pecado mortal, pero no trataron de disminuir sus bienes temporales para obtener el impercedero bien de la celestial bienaventuranza.

Los ministros del Rey, esto es, los empleados que en Santo Domingo representaban la autoridad real, fueron á ver al vicario de los dominicos, que lo era Fr. Pedro de Córdoba, y le manifestaron la necesidad que había de que el P. Montesino se retractase de lo que había dicho en el púlpito, ó cuando menos dulcificase las censuras que había lanzado contra los conquistadores y encomenderos; pero el P. Córdoba evitó dar respuesta definitiva á lo que se le pedía, y dijo que Fr. Antonio Montesino volvería á predicar, y entonces precisaría los conceptos que hubiesen parecido contrarios al respeto que merecían la autoridad regia y sus representantes en la isla Española.

En efecto, el P. Montesino volvió á subir al púlpito, y repitió lo que había dicho en su anterior plática, añadiendo que al sostener aquellas doctrinas lo hacía, no sólo para servir á Dios, sino también para servir al Rey, contribuyendo con sus censuras al buen gobierno de la Monarquía.

Subió de punto el escándalo. Se buscó un fraile franciscano, Fr. Alonso del Espinal, que pasase á España para dar cuenta al Rey de las perniciosas enseñanzas de los dominicos, contrarias de todo en todo al espíritu y á la letra del contrato de Santa Fe, en que los Reyes Católicos habían dado á Cristóbal Colón y á sus sucesores la posesión de las islas y tierras firmes que se descubriesen por su mano ó por su industria; posesión en que iba incluida la de las tierras y hasta la esclavitud de sus habitantes que no aceptasen el vasallaje de los Reyes de España, según se había establecido terminantemente en el requerimiento que antes mencionamos. Los dominicos creyeron necesario defenderse de las acusaciones que se les hacían, y con este fin vino también á España el padre Montesino, cuya permanencia en la isla podía ser ocasión de nuevos conflictos.

Oyó el rey D. Fernando el Católico los encontrados pareceres de los franciscanos, que estimaban como buenas las